

JACINT CREUS

Los cuentos bubis y los cuentos pongwe del P. León García Andueza en «La Guinea Española », 1908-1913

Oráfrica, revista de oralidad africana, nº 7, abril de 2011, p. 149-208. ISSN: 1699-1788

Entregado: 11/06/2010. Aceptado: 27/10/2010

LOS CUENTOS BUBIS Y LOS CUENTOS PONGWE DEL P. LEÓN GARCÍA ANDUEZA EN «LA GUINEA ESPAÑOLA», 1908-1913

JACINT CREUS

UNIVERSITAT DE BARCELONA

jcreusb@ub.edu

Como sucedió casi siempre en la Historia de la Colonización de África, las primeras colecciones de literatura oral de la Guinea Española no están encuadradas para nada en ningún proceso de integración en las sociedades africanas por parte de los recopiladores. El P. León García Andueza (*1876 - †1915), misionero católico encuadrado en un proyecto sistemático de destrucción cultural, parece idéntico: a él debemos la primera recopilación, que data de 1908, veinticinco años después de la llegada de los claretianos a Santa Isabel. Destinado a Guinea muy joven, a los 28 años el P. García ya era Superior de San Carlos, la actual Luba, una Misión situada estratégicamente en la bahía occidental de Fernando Poo, muy cercana a María Cristina de Batete, lugar donde aquellos misioneros católicos españoles dejaron impronta de esa triple identidad con el desarrollo de un modelo misionero que inducía a un proceso de abandono del «indígena» de su propia cultura. Caracterizado como ignorante, analfabeto y simple, el africano debía intentar asemejarse a un europeo calificado de culto, alfabetizado y complejo. La literatura oral de los guineanos tenía un papel en ese proceso.

Y esta primera colección es un ensayo en ese sentido: mediante cierta manipulación, que podríamos describir con precisión, los relatos que el P. García nos presenta son una versión «publicable» de una especie de borrador «local» en que residen todas las convergencias negativas de la identidad africana. Un rechazo neto que convertía aquella manipulación en una suerte de redención: el texto «bruto» original devenía obra maestra, utensilio didáctico para africanos y europeos, ejemplo de moralidad y justificación de los objetivos coloniales: así es para esa primera serie de 4 cuentos bubis, que siguen la estructura de las fábulas más simples.

Sin embargo tres años más tarde, en 1911, el P. García nos sorprende con la publicación de una segunda serie con criterios absolutamente distintos: se trata de una larga serie de 2 cuentos pongüe (ndowé) publicados en 23 entregas que se alargan hasta febrero de 1913, meses antes de su muerte en la Misión continental de Cabo de San Juan. Se trata de dos relatos sin manipulaciones evidentes y sin justificaciones morales ni doctrinales, que son en mi opinión las dos primeras epopeyas guineanas publicadas: una fábula que presenta la complejificación de un ciclo, y un *ungili* ndowé que, curiosamente, es el único que se ha publicado en español hasta hoy.

El propósito de esta Sección de ORÁFRICA es dar a conocer textos, en este caso rescatándolos de un olvido injusto. Las razones del cambio inesperado de nuestro claretiano serán analizadas en otra ocasión. Hoy basta con destacar la profunda diferencia existente entre las dos series que en su día publicó «La Guinea Española». Y subrayar el proceso interno, lleno de sugerencias, que animó a aquel sacerdote joven que encontró una muerte prematura en su Misión y que le hizo cambiar desde un proceso de abandono hasta un proceso de integración; ese proceso que otra gran investigadora, Geneviève Calame-Griaule, nos presenta cuando reflexiona sobre su propio itinerario: « *à mesure que je progressais dans la connaissance de leur culture (directement et non plus à travers les livres) j'ai eu accès, après les courtes histoires d'animaux, à des contes dits par des adultes et de plus en plus élaborés* ».

1ª. serie: CUENTOS BUBIS

I.1. UN BUEN HIJO

25 de febrero de 1908

Había en un pueblo una madre que tenía dos hijos: uno muy bueno, dotado de un corazón de oro; el otro, díscolo en extremo, era el tormento de su madre.

Terminada la comida cierto día, mandó la mujer al menor de sus hijos que fuera a lavar los platos al río que estaba cercano a la casa.

El niño obedeció; y, colocando los platos sobre su cabeza, marchó dando saltos de placer y contento a cumplir el mandato de su cariñosa madre. Había que verle con su manojito de hierbas en mano, limpiar por dentro y por fuera los platos de su madre.

Luego que hubo terminado su faena y cuando se disponía para volver a casa resbaló, cayéndosele de la cabeza todos los platos y llevándose la corriente del río precisamente el plato que más apreciaba su madre.

Todo triste y desconsolado el pobre niño, volvió a su casita diciendo a su madre lo ocurrido. Ésta, llena de enfado al oír el relato, le mandó a buscar el plato amenazándole con un grave castigo si inmediatamente no se lo presentaba.

El candoroso niño, siempre obediente, volvió nuevamente al río en busca del plato perdido.

Tan pronto como llegó al lugar del fracaso, se determinó a seguir la corriente del río hacia la playa hasta que lograra encontrarlo. Andando, andando machete en mano y abriéndose camino por entre las malezas de la orilla del río, se encontró con un pobre anciano lleno de llagas y a punto de fenecer víctima de abrasadora sed, el cual, dirigiéndose al niño, le dijo:

- Lava, hijo, mi cuerpo; y dame agua para beber porque tengo mucha sed.

El niño se enterneció en extremo y acercándose a él le lavó cuidadosamente. Luego cortó una hoja de malanga e, improvisando un vaso, le dio a beber agua fresca del río. Agradecido el pobre anciano a un joven tan compasivo, le dijo:

- *Bue enna ha lele*, es decir, «tú verás cosas buenas».

Terminada tan buena obra y oídas las palabras del viejo, el niño prosiguió su camino río abajo en busca del plato perdido.

Después de haber caminado como media hora, se encontró con otro pobre anciano enfermo y sin poderse valer para nada, y a quien los de su pueblo habían abandonado en aquel lugar. El niño se acercó a él, y con voz apenas perceptible oyó que le decía:

- Lávame, joven, y quita de mi alrededor las moscas que me molestan.

El joven obedeció, lavándole esmeradamente todo su cuerpo. Terminado el lavado, se fue a una palmera cercana para cortar algunas hojas y hacer con sus filamentos un mosquero para espantar las moscas que no dejaban vivir al pobrecito anciano. Sentóse a su lado y estuvo despabilando a aquellos dípteros molestos hasta el caer de la tarde. Entonces, dejándole el mosquero para que él mismo se defendiera, se despidió de él, no sin antes haber oído de sus labios esta misteriosa profecía:

- *Bue ennaha lele...* tú verás cosas buenas, serás dichoso.

Triste el niño y desconsolado, temiendo más el disgusto de su madre que el castigo si no encontraba el plato, llegó a la playa hasta la desembocadura del río en donde le sobrevino la noche.

Allí se encontró con un hombre que, tomándole de la mano, le llevó a su casa, que estaba cerca de la misma playa.

Cansado el pobre mozalbete de tanto caminar y acosado por el hambre, pidió a su desconocido protector que por favor le diera algo de comer. Éste le trajo un grano de arroz y un hueso mondo y lirondo, y entregándoselo le dijo:

- Toma y cocínatelo bien. Ahí tienes esa olla.

- Gracias –le contestó el niño, y sin quejarse por la diminuta cantidad se puso a cocinar.

El amo de la casa se fue a dormir, advirtiéndole antes al niño que matara a un gato que vendría a comer tan pronto como la comida estuviera cocida.

Cuando hubo pasado el tiempo necesario para el cocimiento del arroz, el buen cocinerito retira la olla del fuego y... ¡prodigio singular!... la encuentra llena de excelente arroz y abundantísima carne. Entonces, lleno de alegría, y solo como estaba, comienza a bailar y a cantar alrededor de la olla con cantos de alegría y acompasados movimientos.

Pasada la primera impresión de regocijo y temeroso de despertar al amo, se sentó para comer a sus solas tan excelente comida.

En éstas y al buen olor del guisado llegó el gato que debía matar según prescripción del amo de la casa que le había hospedado.

El joven, cuya compasión se extendía hasta los mismos animales, en vez de matarlo le dio un buen plato de arroz, que por cierto le hacía buena falta. Cuando el gato hubo quedado satisfecho lo cogió por el rabo y lo tiró hacia la puerta de la cocina para que se escapara de allí lo antes posible.

Una vez terminada la comida y satisfecho nuestro mozuelo, se retiró a descansar echándose sobre una grande tabla que su amo le había puesto junto al fuego.

Al día siguiente se presentó el hospitalario del niño, y despertándole, le dijo:

- ¿En dónde está el gato que mataste anoche?

- Señor, no quiso morir: le pegué fuerte, fuerte contra el suelo, y se escapó corriendo.

- «El diablo lleva en su cuerpo», replicó vivamente el bueno del hombre.

Dos días estuvo el muchacho en compañía de aquel desconocido prestándole muy buenos servicios. Llegado el tercer día, dijo el niño que él quería marchar junto a su madre.

- Está muy bien. Pero antes –dijo el amo- entra en ese cuarto mío en donde encontrarás dos calabazas. Una de ellas te dirá: «llévame contigo»: no la llesves y déjale colgada. La otra te dirá: «soy una pobre que siempre estoy colgada y nadie me quiere llevar». A ésta la cogerás y te la llevas contigo. Cuando llegues a tu casa, llamas a tus padres, hermanos y parientes; y estando todos en casa, cerradas las puertas y tú con la calabaza en medio de todos, le das un fuerte golpe contra el suelo para que se rompa.

Obedeció el niño y tomando la calabaza indicada, se la colgó del palo que llevaba y echando a correr se fue por el camino más corto a la casa de su madre.

Llegado al pueblo, su primera diligencia fue convocar a sus padres, hermanos y parientes, y reuniéndolos todos en su casa cerró las puertas y con aire de confianza levanta en alto su calabaza y la deja caer fuertemente contra el suelo... ¡nuevo prodigio!... al momento comienzan a salir de ella platos bonitos, incluso el perdido, cucharas, anillos, espejos, tijeras, pendientes, brazaletes, antílopes, cabras, gallos y gallinas. La madre abrazó a su hijo; el hermano, los parientes y el pueblo entero comenzaron a bailar; y aquel día fue de grande fiesta para el pueblo entero de aquel afortunado joven, alegría, regocijo y corona de sus padres.

Al llegar aquí, no podemos menos de confesar que es un mito cuanto acabamos de relatar: mito que más de una vez hemos oído contar a los bubis en sus ratos de ocio; pero que no deja de darnos a entender cómo Dios ha escrito su Ley en los corazones de todos los hombres y cómo en todos los climas y en todos los tiempos tienen cabal cumplimiento aquellas palabras del Espíritu Santo que nunca debieran perder de vista los padres y madres de familia: «*Erudi filium tuum et refrigerabit te, et dabit delicias animæ tuæ*»: «Enseña a tu hijo y te recreará, y causará delicias a tu alma» [Proverbios, XXIX, 17].

I.2. EL BAÑO DE UNA TORTUGA

10 de julio de 1908

Cansado un pobre perro de los malos tratos de su amo, resolvió salir de casa y marcharse por las playas en busca de alimentos con que sustentarse. No tardó en encontrarse con una hermosa tortuga que, abandonadas las aguas del mar, se hallaba tomando el sol sobre la ardiente arena del litoral. Al momento se hicieron amigos; y conociendo la tortuga los apuros del pobre perro, le invitó a formar con ella una sociedad con el único objeto de explotar juntos el topé de unas palmeras y algunos otros frutos del bosque.

El perro, que de mejor gana hubiera explotado una buena olla de carne, accedió gustoso a la proposición de su nueva compañera, la cual a su vez estaba loca de alegría por haber hallado un amigo tan fiel y de tan bellas cualidades cual es el perro.

Pasado algún tiempo, observó el perro que la tortuga se ponía muy gorda, al paso que él cada día iba perdiendo lo poco que le quedaba.

Receloso el pobre can de que no se repartían equitativamente las ganancias de la sociedad, preguntó a su amable compañera:

- ¿Qué es esto, que tú te pones cada día más lucida al paso que yo me quedo hecho un alfeñique?

- Esto lo debo al topé de mis palmeras –dijo la tortuga.

- ¿Con que sí, eh?... Pues hoy mismo iré contigo a probar tan rica bebida.

. No vengas, porque te dará muy mal resultado.

- No importa –contestó el perro-. Cueste lo que costare yo iré contigo.

- Está muy bien; pero si algo malo te sucede –le advirtió la tortuga- no te quejes, porque tuya será la culpa.

- Pasaré por todo con tal de salir de tan triste situación.

Inmediatamente se pusieron en marcha hacia el bosque, camino del palmeral. A mitad del camino debían encontrarse con un gigantesco árbol del pan cuyos enormes frutos son de todos muy conocidos y a cuya abundante sombra solía pararse siempre la tortuga a descansar. Poco antes de llegar al mencionado árbol, dijo al perro la tortuga:

- ¿Ves aquel árbol tan grande y cargado de frutos?... quiero que sepas que pertenece a un diablo de los más viejos que andan por estas regiones, el cual me aprecia mucho y es muy amigo mío. Siempre que a [su] sombra me acojo suele regalarme desde lo alto con sus exquisitos frutos; pero hoy echará para ti también y los dos juntitos comeremos a satisfacción.

- Está muy bien –contestó alegre el perro haciendo un esfuerzo para levantar la cola, que ni para eso le quedaban fuerzas.

Andando, andando, llegaron al codiciado árbol. Entró primero la tortuga y, como de costumbre, comenzaron a caerle los enormes frutos del pan sobre el espaldar, haciendo el golpe tan gran estruendo que el eco repercutía en todo el palmeral de las cercanías. Cuando estuvo satisfecha dejó pasar a su cariñoso amigo, que, víctima de hambre canina, no hacía distinciones de manjares y todo lo devoraba con el fin de llegarse a poner lozano y fresco como la tortuga. El diablo comenzó a echarle frutos lo mismo que a la tortuga.

Cayó el primer fruto, y el perro recibió el golpe sin quejarse. Cayó el segundo, y el perro dio un pequeño ladrido. Cayó por fin el tercero, dando un grande golpe sobre la cabeza del pobre animal, que lo dejó dando vueltas en rededor de sí hasta que, vuelto en sí mismo, echó a correr más listo que el rayo dando unos ladridos tan horrendos que al punto acudieron todos los perros de las cercanías formando con él un coro infernal verdaderamente insoportable.

La tortuga, horrorizada al oír tan infernal algazara, corrió a esconderse debajo de unos arbustos allí mismo, en la espesura del bosque. El mismo diablo, espantado, bajó del árbol y fue a esconderse. Buscó a la tortuga por todas partes, pero... en vano: no la pudo encontrar.

Entonces acertó a pasar por allí un niño, y trabando conversación con el *morimó* o diablo le dijo que él sabía muy bien lo que andaba buscando y que podía enseñarle el lugar en donde la tortuga estaba escondida.

- ¡Calla, embustero, qué has de saber tú! –respondió el diablo.

- Sí, sí, yo lo sé –dijo el niño-, y ahora mismo puedo enseñaros el lugar.

- Vamos cuanto antes –exclamó el diablo-, y como me engañes vas a morir hoy mismo.

Efectivamente, el niño le indicó el lugar y revolviendo por sí mismo las malezas del arbusto descubrió [a] la tortuga. A poca distancia de aquel lugar había enclavado un poblado bubi en el que residía una vieja

endiablada amiga `precisamente del diablo de quien venimos hablando. Por cuyo motivo mandó éste al niño que tomara sobre sí la tortuga y la llevase a casa de aquella vieja, rogándole al mismo tiempo [que] dijera que la alimentase muy bien y la guardase con esmero en su misma casa.

El niño obedeció, y tomando [a] la tortuga emprendió el camino del pueblo. Luego que hubo llegado a la casa de la vieja, todo el pueblo acudió a ver [a] la tortuga, siendo indescriptible la alegría de todos, pues pensaban hacer con ella una gran comida. El jefe del pueblo encargó encarecidamente a la vieja que la guardase bien y no la dejara escapar.

Inmediatamente se dio orden a todo el pueblo para que todos, hombres, mujeres, niños y niñas fueran unos a buscar leña, otros bangá, quiénes aceite, éstos picantes, aquéllos ñames... con el objeto de poder cocinar bien [a] la tortuga y hacer una gran fiesta que fuera sonada.

En efecto, cumplimentando las órdenes del *botuku* todos se fueron al bosque y fincas, quedando solos en el pueblo la vieja y la tortuga. Ésta, astuta como ella sola, barruntó algo; y por allí como al mediodía, cuando los rayos del sol hieren con toda su fuerza, manifestó a su guardiana grandes deseos de ir a bañarse, y le dijo:

- Mira, mujer, qué calor tan intenso hace. ¿No podrías llevarme a bañar?

- Con mucho gusto –respondió aquella, y la llevó al río más cercano.

No tardaron en encontrar una pequeña balsa; y tan pronto como la tortuga divisó el agua se lanzó presurosa al baño. Pero como hubiese poca profundidad en aquella balsa, se quejó a la vieja de que allí no podía bañarse bien y a gusto suyo.

Entonces pidió que por favor la llevara río abajo para ver si encontraban algún pozo más hondo. Accedió gustosa y condujo al animal a otro pozo más hondo que estaba a muy poca distancia del anterior. Viendo la tortuga que tampoco había suficiente cantidad de agua, se enfadó y dijo a la vieja:

- ¿No ves que tampoco aquí puedo bañarme bien? Ni siquiera me llega el agua al espaldar. Llévame más abajo, hasta el lado del mar, en donde yo misma pueda nadar y dar vueltas en todas direcciones.

La vieja, siempre condescendiente con la tortuga, la toma sobre su cabeza y la lleva hasta la desembocadura del río, a un pozo que en marea llena se comunicaba perfectamente con las aguas del mar.

Cuando la tortuga vio tanta agua abrió los ojos un palmo y exclamó:

- Aquí, aquí sí que me bañaré bien. Échame pronto al agua, antes [de] que se nos haga tarde.

- Anda y báñate bien –dijo la vieja-, porque éste será el último baño.

Y la echó al agua.

La tortuga, graciosa como ella sola, dio tres o cuatro vueltas en el agua, recreando no poco a la vieja endiablada que desde la orilla la estaba contemplando; y luego, zambulléndose en el agua, tomó la dirección del mar. Tan pronto como se vio en agua salada, sacó la cabeza a flor de agua y desde allí gritó a la vieja:

- Adiós, vieja de los diablos, ya no me verás más. Saluda a los de tu pueblo.

Y desapareció entre las olas del mar.

Toda desconsolada, volvió a su casa la infeliz vieja. Por la noche, cuando llegó la gente con todo lo necesario para comerse [a] la tortuga, se encaminaron a casa de la vieja; y viendo que la tortuga no estaba, preguntaron todos por su paradero.

- La he llevado a bañar –respondió la guardiana- y se me ha escapado.

Entonces el jefe de aquel pueblo, lleno de cólera y furor por el chasco recibido, ordenó que se hiciera con la vieja lo mismo que tenían resuelto hacer con la tortuga cuya custodia le había sido confiada. Todo se cumplió al pie de la letra tal como lo había resuelto el jefe, sin que nadie replicara la menor cosa.

Hasta aquí el mito, tal como lo cuentan los bubis. Pero muy bien podemos aprender todos el modo cruel como el diablo, padre de la mentira, paga a sus amigos. Lo mismo que se portó con la vieja del cuento, su más fiel amiga, se portará con todos aquellos infelices y desgraciados que abandonando a Dios, su amante y cariñoso Padre, se entregan a obras de maldad.

Si alguna vez tenemos la desgracia de juntarnos con malas compañías o de caer en las redes del pecado, imitemos a la tortuga; y así como ella se escapó de las manos de aquella vieja endemoniada y se fue al mar, así nosotros huyamos de las ocasiones de pecar y acudamos a María, verdadero mar de gracia y océano de santidad. Allí, en su Corazón maternal, encontraremos refugio y amparo; pues no en vano se llama y es en verdad Refugio de los pecadores. *Refugium peccatorum. Ora pro nobis.*

I.3. EL CAMINO DE LA FORTUNA

25 de agosto de 1908

Había en un pueblo dos mujeres muy amigas desde su infancia, las cuales se casaron en un mismo día. Al año, poco más o menos, de haberse casado, Dios las bendijo dando a cada una un hermoso niño. Ambos parvulitos eran tan bellos y agraciados que formaban el encanto de todo el pueblo; y... ¡cosa rara!... los dos eran tan parecidos y semejantes en todo que era imposible distinguir el uno del otro.

Pasaban los días, semanas, meses, años... y los niños también iban creciendo y desarrollándose visiblemente, pero siempre semejantes, iguales en todo. Era una delicia verlos jugar juntitos todos los días. Jamás entre los dos tuvo lugar la menor querella. Extraña cosa, por cierto, entre gente menuda.

Habrían pasado como doce años, y la mayor desgracia de este mundo sobrevino a aquellas dos familias amigas. En menos de tres días acabó la muerte con el padre y madre de uno de aquellos dos niños.

El pobrecito huérfano lloraba triste y desconsolado la muerte de sus queridos padres; y viéndose solo y desamparado del mundo, pidió por favor ser admitido en casa de su compañero aunque no fuera más que como criado.

Los padres del otro niño no vacilaron en admitirle, teniendo en cuenta la amistad que siempre había mediado entre ambas familias y, sobre todo, las repetidas súplicas del hijo en favor de su desgraciado compañero.

Pero como los dos amiguitos eran tan parecidos en todo, llegó un tiempo en que la madre no sabía distinguir cuál era su propio y verdadero hijo. Toda afligida por tamaña desgracia y medio loca por el dolor, no sabía qué hacerse; y derramando ardientes lágrimas se fue a proponer el caso a uno de los feticheros más cercanos del pueblo.

Compadecido el ministro del diablo de aquella desventurada mujer, le aconsejó que por medio de ofrendas se hiciera propicio al mal espíritu, porque sólo así llegaría algún día al conocimiento de su querido hijo.

No le pareció malo el consejo a aquella afligida madre; y así, determinó ir pronto a una tenebrosa cueva en donde el diablo con el fetichero ventilan las cuestiones de mayor monta.

Luego que hubo entrado a la presencia del diablo y hecho entrega al fetichero de sus ofrendas, se postró; y con vivo interés pedía le fuera

indicado algún medio para salir de tan triste situación y poder estrechar entre sus brazos con toda seguridad al hijo querido de su corazón.

Entretanto los niños jugaban alegres y contentos como si nada pasara.

La mujer seguía clavada en el suelo, esperando contestación, hasta que por fin logró oír la siguiente respuesta, que le fue comunicada por el fetichero:

- Envía –le dijo- [a] los dos niños a la finca en busca de malanga; tú te sentarás ocupando todo lo ancho de la puerta de tu casa, de modo que nadie pueda entrar en ella sin pasar por encima de tus piernas. Cuando lleguen los dos niños con la carga de malanga, el que no es tu hijo te pedirá permiso para entrar; en cambio, tu verdadero hijo pasará adelante sin pedir permiso ni cosa que lo valga.

Inmediatamente salió la mujer de la cueva, y sin pérdida de tiempo envió [a] los dos niños a buscar malanga, sentándose ella en la puerta de casa tal como el diablo se lo había indicado.

En éstas, llega el huerfanito con su carga y con todo respeto pide a la mujer que le deje pasar. Llega su compañerito ,y haciendo una caricia a la madre pasa adelante sin pedir permiso ni decir tan sola una palabra. La mujer se levantó alegre y contenta; y estrechando a su hijo entre los brazos le colmó de besos y caricias.

Mientras la madre acariciaba a su hijo, el pobre huérfano barría la casa por habérselo mandado la dueña. Desde este día, los trabajos más pesados corrían a su cargo; y aunque su buen compañero trataba a veces de ayudarlo, la madre no se lo permitía.

Aquella malvada mujer hubiera despedido de su casa al pobrecito huérfano, de no haberlo impedido los ruegos que su hijo le hacía en favor de su más fiel amigo. Sin embargo, trató de aburrirlo a puro de malos tratos. Todos los días cocinaba carne fresca para su hijo, mientras que a él sólo le daba yerbas con algún plátano que se lo mandaba comer separado de la familia, en un rincón de la casa. Si los perros se comían algo que ella guardaba o se rompía algún utensilio de la casa, las culpas habían de ser siempre para el desgraciado niño, a quien castigaba severamente dándole latigazos hasta dejarlo sin fuerzas.

Cansado el desgraciado joven de tan malos tratos, un día, al irse a dormir, dijo a la mujer:

- Si hemos de andar así, mañana me marchó.

- Márchate y no vuelvas más -contestó ella-. Ve adonde están tus padres, y que te den ellos de comer.

Al oír nombrar a sus padres, el pobre huérfano se entristeció; e inclinando su cabeza al suelo, regó la tierra con sus lágrimas. Por más esfuerzos que hizo, no pudo conciliar el sueño en toda la noche.

Al día siguiente por la mañana tomó un machete y una lanza (*mochika*) y se marchó.

Al salir de casa llamó a su compañero y le dijo:

- Adiós, mi querido amigo; yo me voy, pero tú no tienes la culpa.

inmediatamente clavó su lanza en un árbol que estaba frente a la casa y dijo:

- El día que esta lanza caiga, será señal de que yo he muerto.

Y dando un fuerte apretón de manos a su amigo, se fue.

Andando, andando, se internó en un espeso bosque y pasó casi todo aquel día cruzando caminos y más caminos sin saber a dónde iba ni cuál sería su paradero.

Rendido por el cansancio se sentó a la orilla del sendero; y mientras pensaba dónde y cómo pasaría aquella noche, he aquí que vio salir del bosque [a] un hombre cargado de enorme fajo de leña. El niño, al ver a aquel pobre anciano con tan grande carga, le saludó cariñosamente y se ofreció a ayudarle. El anciano contestó al saludo; y fatigado como se hallaba, entregó a nuestro joven la carga. Éste, lejos de resentirse, y llevado de su natural bondadoso y compasivo, la cargó sobre sus hombros, no dejándola hasta llegar a la casa de aquel pobre viejo.

Llegados a casa se sentaron los dos juntos al fuego; y prendado el bueno del hombre de las bellas cualidades del joven, le preguntó quién era y adónde iba, a lo que contestó el niño solas estas palabras:

- Yo sé de dónde he salido, pero no sé a dónde voy.

- Está bien -el viejo exclamó-, ¿tú quieres trabajar conmigo?

- Con mucho gusto -contestó el niño; y se quedó para un año con el cargo de cocinero-.

Todos los días-por la mañanita encendía el fuego, colocando dos grandes tizones junto a la cama de su amo, a fin de librarle del fresco matinal.

Mientras el amo se calentaba y fumaba satisfacción armado de gran pipa, el niño iba a la finca en busca de ñames yervas que después cocinaba a las mil maravillas con el pescado que traía el otro criado, de oficio pescador.

Todo lo hacía muy bien y el amo, por su parte, también sabía recompensarle con generosidad, dándole la mejor parte de los pescados y no castigándole porque tampoco daba motivo para ello.

Terminado el año, y a fin de no dejar solo a su anciano amo, el mismo niño buscó otro joven para sustituirle; y presentándolo a su amo, le dijo:

- Señor, aquí le traigo un sustituto mío que os servirá muy bien. Yo me marchó a otra parte.

- Bien, muy bien, querido joven: en cualquiera parte a donde vayas serás feliz. Antes que salgas de casa quiero recompensar tus buenos servicios.

Luego, tomándolo de la mano lo acompañó hasta fuera de la casa; y señalándole otra casita que estaba en frente le dijo:

- Mira, niño, aquella casita que ves allá es mía. En ella guardo todas mis calabazas. Vas coges para ti las tres calabazas más viejas, pues todavía te podrán servir mucho.

Así lo verificó; y cargando sus tres calabazas, se fue adonde vivían sus paisanos.

Tan pronto como divisó a su antiguo compañero y se reconocieron los dos, no hallaron palabras suficientes para manifestarse mutuamente el regocijo les embargaba.

Inmediatamente procedieron al examen de las calabazas, pero estaban tan fuertemente tapadas que era imposible destaparlas. Deseoso, sin embargo, el huerfanito, de enseñar a su amado compañero las cosas que había ganado durante aquel año, tomó una de las calabazas y, dándola un golpe contra el suelo, la rompe: y al instante salieron de ella infinidad de abalorios, romos, dinero bubi, etc., etc....

Animado con tan feliz éxito, toma la segunda calabaza, la rompe, y... ¡oh prodigio! sale de ella una gran casa llena de ovejas y cabras, con alegres y juguetones corderillos que daban saltos de placer.

El tiempo se le hacía largo para quebrar la tercera. La rompe al igual de las otras, y... ¡cuál no fue su sorpresa al ver delante de sí una grandiosa finca de ñames, cuyos límites no alcanzaba con su vista.....!

Sin pérdida de tiempo tomó posesión de todos aquellos bienes que la fortuna le había deparado, llegando a ser el más rico y principal de toda la comarca.

Tan luego como la noticia se divulgó y llegó a oídos de la mujer que tan malos tratos había dado tiempo atrás a nuestro afortunado huérfano, voló con su hijo a visitarle; y como ella había caído en la miseria, pidió ser admitida como criada juntamente con su hijo.

Fueron admitidos sin ninguna dificultad; pero avergonzada la infame mujer de tener que servir a quien había sido su esclavillo, pasado algún tiempo llamó aparte a su hijo y le mandó que fuera también a ganarse otras tres calabazas como las de su compañero.

El niño, aunque de mala gana, se fue; y precisamente fue a parar a la misma casa en donde había estado su compañero. Pero por desgracia no dio tan buen resultado como el huerfanito, y aquel buen hombre no sabía cómo desentenderse de un joven tan respondón y mal criado.

Al fin terminó el año de servicio; y señalándole el amo la casa de las calabazas, le dijo que fuera y cogiese las tres más viejas y se marchara en paz a otra parte. Se fue adonde estaban las calabazas; pero en vez de coger las más viejas tomó las mejores que encontró, creyendo que así se haría más rico que su amigo.

¡Había que verle correr por el camino con sus tres calabazas!... Varias veces tropezó pero no hacía caso, por más que chorreaba sangre de sus dedos.

Tan pronto como la madre lo divisó, salió de la casa del joven protector y, juntamente con su hijo, se fueron al bosque para romper a sus solas las calabazas, sin que de ello se apercibiera el otro compañero.

Pero... ¡oh desgracia, que sólo con romper la primera tuvieron bastante! Pues saliendo de ella infinidad de culebras y otros fieros animales, en un momento fueron ambos devorados.

Lo mismo que a la mujer del cuento y a su desafortunado hijo, pagará Dios a los ambiciosos, a los opresores del pobre, de sus criados, y a todos aquellos desventurados cristianos que no cumplen sus deberes con Dios. En este mundo padecerán humillaciones sin cuento; y en el otro serán devorados sin compasión por los demonios eternamente: *Et ibunt hii in suplicium æternum* (Mathh., XXV, 46).

En cambio, los guardadores de la Ley santa del Señor se verán colmados de bendiciones en este mundo: *Venientque super te universæ*

benedictiones (Deut., XXVIII, [2]). Y después, cuando se rompa el vaso de nuestro cuerpo, como el huérfano del cuento después de rotas sus calabazas iremos a tomar posesión de las inmensas riquezas que Dios guarda en el cielo a los que le aman y sirven con fidelidad: *Merces vestra copiosa est in caelis* (Matth., V, 12).

I.4. EL DIABLO VENCIDO CON SIETE HUEVOS

10 de octubre de 1908

Alegres sobremanera pasaban los días de la vida un matrimonio a quien el Señor concedió un hermoso niño y más tarde una candorosa niña, quienes a decir verdad eran el encanto de sus padres por sus raras prendas de amabilidad y docilidad.

Siete años contaba el muchacho y cinco la niña cuando, por motivo de ir sus padres a visitar a unos parientes, hubieron de quedarse los dos solitos en casa hasta la vuelta de aquéllos. El niño, como más fuerte, todos los días salía a la finca en busca de comida; y como el río estaba cercano, se encargaba la niña de acarrear el agua para los usos domésticos.

Mientras la niña escobaba la casa todas las mañanas, su hermano encendía el fuego y cocinaba para los dos. ¡Qué hermandad tan grande era la suya y qué amor se profesaban mutuamente!

Sucedió cierto día que, luego de haber encendido el fuego y arrimado la olla para que se calentara, salió el niño en busca de cangrejos, no sin antes haber encargado mucho a su hermanita que no dejara apagar los fuegos. Ésta, dócil como ella sola, rompía con sus manecitas la leña más menuda y, echándola al fuego, lograba tenerlo siempre encendido.

Pero el diablo, que aprovecha todas las ocasiones para hacer de las suyas, se presentó en aquella casita y, engañando a la pobre niña con halagüeñas esperanzas, la tomó de la mano y se la llevó consigo.

No tardó mucho en volver el cocinerito con sus cangrejos para los dos; pero... ¡cuál no fue su sorpresa al echar de menos en casa a su querida hermana! La llamó a voces desde la puerta, pero... en vano: la niña no respondía. Preguntó a todos los del pueblo y nadie supo darle razón de su paradero. Todo el día pasó llorando la pérdida de su hermana, sin pensar ya más en cocinar sus cangrejos.

Al anoecer de aquel mismo día regresaron sus padres, quienes ya en el camino tuvieron noticias de cómo su hija había desaparecido. Como era natural, también practicaron todas las diligencias para encontrarla,

pero... todo fue en vano; la niña no apareció por ningún lado y nadie supo decirles nada de la misma.

Quedaron, pues, solos en casa marido y mujer con su hijo, el cual nunca podía olvidar a su querida hermana a quien siempre echaba [de] menos en las horas de recreo, que para la canalla lo son todas las veinticuatro que tiene el día.

Pensaban algunos que con el transcurso del tiempo se iría olvidando nuestro joven de su hermana, pero no fue así: sino que cada día se acordaba más de ella; y cuando pasados tres años se vio con fuerzas suficientes para caminar, pidió a sus padres le dejaran salir de casa e ir en busca de la misma hasta encontrarla.

No sin gran temor accedieron aquéllos a la demanda, temerosos de perder también a su hijo y quedarse solos en el mundo sin ninguno de sus hijos que les sirviera de ayuda en la vejez.

Entonces el mozalbate, a quien el amor fraternal había convertido en un héroe, toma la tradicional lanza bubi y, colgando del hombro su zurrón, se presenta a la madre y le dice con resolución:

- Madre, me marcho.

- Pero... ¿qué llevas para comer?

- No se apure, que ya encontraré algo por el camino.

- No quiero que te vayas sin nada. Toma estos siete huevos, y cuando encuentres a tu hermana os vendrán a maravilla.

El niño tomó agradecido los siete huevos y los metió en su zurrón. Entre tanto el padre, que había llegado de cazar, tomó un «romo» (ídolo) y lo colgó del cuello de su hijo a fin de que nada malo le aconteciera en sus aventuras, y... se marchó.

Durante el primer día recorrió cinco pueblos, quedándose a descansar por la noche en casa de unos parientes que le trataron muy bien. Al día siguiente pasó por todas las fincas de ñames para ver si entre los trabajadores la encontraba; pero, ¡vano empeño!, no pudo dar con ella a pesar de las fatigas de dos días consecutivos.

Luego que amaneció el tercer día tomó la resolución de internarse en el bosque y no dejar escondrijo sin visitar. Andando, andando, llegó a un camino de cazadores por el que anduvo más de la mitad del día; hasta que por fin, quiso Dios que divisara una casita hecha con ramas de palmera y de la que salía humo por todas partes. Se acercó, y... vio salir a su

hermana, la cual, acercándose a él, le dio un fuerte apretón de manos y lo introdujo dentro de aquella miserable casucha.

Estaba sola la pobre joven cocinando una grande olla de carne para el diablo, que había salido a cazar. Temerosa de que lo llevara a mal su amo, aconsejó a su hermano que se escondiera en un montón de leña que allí había y que no saliese mientras el diablo permaneciese en casa. Así se hizo; pero tan pronto como el diablo llegó, dijo a la muchacha:

- Sé muy bien que ha venido tu hermano y que está escondido entre la leña: quiero que salga y que no tenga miedo.

Salió el muchacho del escondrijo, y con gran temor y temblor pidió al diablo que le dejase estar unos cuantos días en compañía de su hermana. Cuanto deseaba le fue concedido de mil amores; y no sólo eso, sino que cada día iba el diablo a cazar carne para los dos hermanos.

Pasados tres o cuatro días, y en ocasión en que el diablo estaba fuera de casa, dijo el joven a su hermana:

- Sabrás que hace cuatro días que estoy aquí; he venido en busca de ti, y hoy mismo quiero que vengas conmigo a casa de nuestros padres.

- Está bien -contestó su hermana-; yo también deseo abandonar esta casucha y macharme contigo.

- Salgamos, pues, pronto y sin tardanza.

- Pero... ¿qué haremos si el diablo nos coge por el camino?... ¿No nos matará?...

- No temas: yo llevo siete huevos que me dio madre al salir de casa, y con ellos lo venceremos.

La confianza y valor se veían pintados en aquellos dos infantiles rostros; y sin temor de ningún género abandonaron aquella triste barraca para no volver jamás a entrar en ella.

Todavía no habían salido del bosque, y mirando atrás ven al diablo correr en pos de ellos para cogerlos. Entonces el muchacho saca uno de sus huevos y, rompiéndolo contra el suelo, salió de él una enorme cabra de bosque que se ofreció a llevarlos sobre sí hasta su misma casa. Corría la cabra como una desesperada con sus dos muchachos; y el diablo corría tras ellos también.

Cuando vieron al diablo muy cercano echaron atrás otro huevo y, rompiéndose, salió un gran montón de ñames cocidos que el diablo se detuvo a comer mientras ellos seguían alegres y contentos su camino.

Muy poco faltaba para alcanzarlos el enemigo cuando arrojan el tercer huevo, del que salió un gran racimo de «banga» que el diablo se comió con voracidad hasta acabarlo. Pero aconteció que a resultas del atracón de ñames y de «banga» le sobrevino un berrinche tan fenomenal que hubo de permanecer largo rato tendido en el suelo dando horribles alaridos.

Al oír nuestros viajeros los grandes quejidos del perseguidor, celebraron la fiesta con alegres carcajadas que aumentaban el coraje del doliente. Por eso, tan pronto como se sintió algo aliviado la emprendió de nuevo contra ellos con nuevos bríos; y hubiera acabado con ellos ciertamente de no echarle el cuarto huevo, que se convirtió en un enorme peñasco que interceptó por completo el camino. Convertido en una furia la emprendió contra el mimo a coscorrónes; hasta que haciendo un supremo esfuerzo lo echó a rodar por un barranco, dejando así expedito el camino.

Nuevamente echa a correr en pos de ellos llegando esta vez casi a alcanzarlos; pero... le arrojan otro de los huevos y... sale del mismo un espeso nubarrón que lo dejó totalmente en tinieblas por muy largo espacio de tiempo. Luego que el viento disipó tan densa nube y divisó que los niños estaban muy distantes, casi estuvo por desistir de su empeño; pero todavía se animó y trató de alcanzarlos, aunque... en vano.

Cuando estaba cerca de los mismos le tiran cerca de sus pies el sexto huevo que vino a convertirse en un caudaloso río. ¡Menudo trabajo que le ocasionaron con esto! Probó infinidad de medios para vadearlo, pero sin ningún resultado; hasta que, al fin, [se] le ocurrió tomar corrida de unos cuantos pasos atrás y lo saltó de un brinco.

Entre tanto los dos hermanitos seguían adelante en su camino, dejando a su perseguidor muy lejos. Pero éste, haciendo un último esfuerzo, emprende de nuevo la carrera con desusada velocidad para alcanzarlos; y lo hubiera logrado, de no tener ellos otro huevo. Pero aquellos dos afortunados jóvenes, llenos de confianza sacan su último huevo y... ¡cual no fue su admiración al verlo convertido en un inmenso lago que los separó por completo de su encarnecido enemigo.

Pronto, muy pronto, llegaron a la casa de sus padres, en cuya amable compañía pasaron los días de su vida; al paso que el diablo quedó solo a la otra parte del lago, sumido en el mayor abandono y desesperación.

¡Oh! ¡y cuán fácil es vencer al diablo con la ayuda del Señor, que nunca falta a los que debidamente le piden! Las armas principales con que combate contra el género humano, lo sabemos todos, son los pecados capitales, en número de siete. Pero... ¿quién no sabe que contra estos siete pecados tenemos siempre a nuestra disposición siete hermosas virtudes?

¡Dichosos nosotros sí usamos de ellas como conviene! Entonces la victoria será nuestra, y veremos obrarse en nosotros los mismos portentos llevados a cabo con los siete huevos del cuento. No temamos jamás los embates del enemigo infernal, que no vence sino al que quiere ser vencido. Hagámosle siempre la resistencia, oponiéndole en todo tiempo valerosamente: contra soberbia, Humildad; contra avaricia, Largueza; contra lujuria, Castidad; contra ira, Paciencia; contra gula, Templanza; contra envidia, Caridad; contra pereza, Diligencia.

2ª serie: CUENTOS AFRICANOS: CUENTOS PONGWE

II.0. INTRODUCCIÓN

25 de julio de 1911

Para conocer perfectamente las costumbres de un país, no hay como fijarse detenidamente en sus cuentos y fábulas en donde salen a relucir con colores muy vivos toda su manera de vivir, sea propia de salvajes o de civilizados.

Los cuentos africanos se diferencian notablemente de los que son propios de países civilizados; toda vez que en éstos, de ordinario, se revelan acciones nobles y sentimientos muy delicados; al paso que en aquellos sobresalen las guerras, robos, matanzas y mil y mil actos de barbarie. Cada tribu tiene los cuentos acomodados a su carácter peculiar, y así los cuentos de los pamues, tribu guerrera e indómita, son casi siempre de guerras y robos de mujeres; al paso que los de los bengas y bapukus, tribus más nobles, versan sobre acciones llenas de cierta nobleza y sobre lances del comercio.

El fin que se proponen unos y otros es amaestrar a la juventud en sus propias costumbres. No todos tienen gracia para contar cuentos; hay hombres especiales, dotados de extraordinaria habilidad para ellos, y a éstos suelen llamarlos jefes de tribu, para que vayan a sus pueblos a contarlos, de modo que esos hombres vienen a ser como los actores de teatro en nuestros pueblos civilizados. Y hasta la manera de contarlos resulta una verdadera función teatral que a veces dura hasta cinco días. Cuando uno de estos personajes, llamados en pongüe «Egóba-nkogó, en pamue, «Nkan ngan», y en benga «Ukani bekano» llega a un pueblo, el jefe manda llamar a todas las mujeres y niños de varios pueblos a la redonda.

Reunida toda la gente en medio del pueblo, como lo hacen en España en tiempo de comedias, se presenta en medio el relator y comienza a narrar el cuento que ya lleva muy preparado. Siempre que acaba de contar un paso interesante, la multitud lo aprueba con cánticos y prolongados toques de tumbas y timbales a cuyos acordes (si es que hay alguno) baila en medio el mismo relator hasta que se canse.

Luego sigue la relación hasta que llegue otro paso o hazaña interesante en que se repiten los cánticos, gritos y bailes, cada vez con más entusiasmo; durando muchas veces la función (que suele ser por la noche) casi hasta el amanecer.

Si el relator ha desempeñado bien su papel suele ser muy bien retribuido por el jefe; y si tanto ha llamado la atención, todos los espectadores le hacen algún buen regalo.

En la convicción de que han de ser leídos con interés estos «Cuentos Africanos» por la curiosidad que todos tenemos en saber cuanto se relaciona con los usos y costumbres de estas tribus salvajes, voy a narrar algunos de los muchos que yo mismo he oído contar a jóvenes educados en nuestros colegios.

Que todo ceda a mayor gloria de Dios; y que mis lectores se muevan a compasión de estas pobres gentes alargando alguna buena limosna para socorrer sus muchas necesidades de alma y cuerpo.

Así lo pide y espera el último de los Misioneros.

León García, C.M.F.

II. 1. POR NO CUMPLIR EL TESTAMENTO DE UN PADRE

(cuento gabonés)

10 de agosto de 1911

Bien lleno de días y de trabajos llegó al fin de su vida el padre de los animales, el cual antes de morir llamó a todos sus hijos y con acento triste y conmovedor les dijo:

- Hijos míos, voy a morir; deseo que después de mi muerte no viváis juntos como hasta el presente en un mismo pueblo, sino que vayáis a morar cada cual por su parte formando pueblos de tres en tres o de cuatro en cuatro individuos, pues el país es muy extenso y hay que poblarlo todo. Lo digo por vuestro bien, porque he visto que algunos de vosotros

son [sois] muy malos. Cumplid esta mi última voluntad, en la inteligencia de que si no lo hacéis así, lo pasaréis muy mal sobre la tierra.

Momentos después, expiró.

¡Grande fue el duelo entre aquellos sus desconsolados hijos!

El tigre, que era el mayor, señaló a todos seis meses de luto; y, como era muy temido, todos le obedecieron. Terminado el luto y estando todos reunidos, celebraron un gran balele antes de separarse, en señal de despedida. Al día siguiente, todos se marcharon en busca de comida, cada cual por su parte.

Pasados quince días, fueron todos convocados por el tigre a una grande asamblea y les habló de esta manera:

- Yo creo, hermanos, que no debemos hacer caso de lo que nos dijo nuestro padre momentos antes de morir: la gravedad de la enfermedad le había trastornado la cabeza y no sabía lo que se decía. Somos todos hijos de un mismo padre y conviene que todos juntos vivamos en un mismo pueblo para poder ayudarnos en un caso apurado; y siendo yo el primogénito, seré también vuestro jefe. Pensadlo bien y diga cada uno su parecer con entera libertad sobre asunto de tanta trascendencia. En cuanto a mí, pienso haber cumplido bien los deberes de primogénito. Ahí tenéis expuesto con toda claridad el motivo de esta reunión.

Todos pidieron al tigre un plazo de tiempo para deliberar, concedido el cual se retiraron todos aparte; y tomando la palabra el elefante, dijo:

- ¿Qué os parece de lo que acaba de hablarnos el tigre? Yo os aseguro que eso no está bien y jamás yo me juntaré con él. Todos sabéis sus costumbres y cuánto mal hizo conmigo, aun en vida de nuestro padre; jamás lo podré olvidar. Creedme: es un engaño cuanto nos ha dicho.

- Tienes mucha razón -le contestaron todos-; pero como el tigre es tan malo y tan traidor, no nos perdonará y nos perseguirá en todas partes. Por lo mismo, y visto todo, conviene que le obedezcamos y nos sujetemos todos a él.

- Haced lo que queráis -replicó el elefante-. Yo me voy a otra parte. Adiós.

Al momento gritó el tigre diciendo a todos:

- ¿Qué hacéis ahí tanto tiempo? Venid todos aquí al momento y decidme vuestro parecer, sea cual fuere.

Puestos de nuevo en su presencia tomó la palabra el antílope, y en nombre de todos dijo:

- Está muy bien: todos estamos conformes contigo. Desde hoy formaremos juntos un pueblo y tú serás nuestro rey.

- Bien, muy bien -contestó el tigre, lleno de satisfacción-.

Al día siguiente, y sin pérdida de tiempo, fueron a limpiar el lugar para la población; y mientras unos desboscaban, otros cogían cortezas de árboles, palos, cuerdas y todo lo necesario para la construcción de las casas. Tan pronto como hubieron terminado el pueblo, por cierto muy espacioso, limpio y hermoso, fue el tigre proclamado rey en medio de las mayores muestras de júbilo y alegría.

Pasada una luna pensó el tigre en casarse; y al efecto trató de comprar una mujer en un pueblo lejano en donde, según le habían dicho, habría varias para vender.

Púsose al efecto en camino, y, tan pronto como hubo llegado a la población de referencia, avistóse con los padres de la muchacha, a quienes manifestó su deseo de comprarles la hija.

- Te la venderemos -le dijeron-, con tal que antes nos traigas una cabra para comer.

-Muy difícil es esto para mí -respondió el tigre-, pues es mi hermana y vivimos juntos en un mismo pueblo; con todo, os prometo traerla.

Vuelto a su pueblo se presentaron todos, como de costumbre, a saludarle; correspondiendo él también con suma cortesía.

En seguida les dijo que había vuelto a buscar el dinero para pagar [a] la mujer y que, habiendo de volver pasados tres días, necesitaba que alguno le acompañase.

- Está muy bien. Y ¿quién será el que os acompañe? -preguntaron todos-

- Vosotros -dijo-, todos estáis al presente muy ocupados; a mi modo de ver, la cabra es la que está más desocupada y la que tiene más deseos de acompañarme; por lo mismo pues, que venga ella, que tiene muy buenas piernas para caminar.

-Todos lo habíamos pensado así -respondieron-. Es una vergüenza que nuestro rey vaya solo a un pueblo extranjero sin nadie que le acompañe.

Luego el tigre dijo para sus adentros:

- ¡Ah, cabra, cabra!... ¡te degollarán! .

Pasados los tres días y hechos todos los preparativos de viaje, se pusieron en marcha. Llegados al pueblo y hechos los saludos de costumbre, fue el tigre a hablar a solas con el padre de la joven, diciéndole que ya traía la cabra de que habían hablado y que podrían hacer de ella lo que quisieran. Al momento se arrojaron todos sobre ella para degollarla; y mientras el animal llenaba los aires de tristes alaridos, el tigre, impasible y sentado sobre un tronco, les dice:

- Matadla, no hagáis caso de sus gritos. Me pedisteis una cabra, ahí la tenéis.

Tan pronto como la hubieron matado celebraron un convite y se la comieron todos juntos. Acabado el cual, y dirigiéndose el padre de la muchacha al tigre, le dijo:

- Sabemos que habéis formado un gran pueblo todos los animales, y que tú eres jefe de todos ellos: menester es, pues, que antes de entregarte [a] mi hija nos traigas [a] otros muchos animales.

- No me es difícil complacerte

25 de octubre de 1911

en lo que me pides -contestó el tigre-: todos son mis súbditos y me obedecerán.

De vuelta, pues, a su pueblo convocó nuevamente a todos los animales y les dijo que todavía le faltaba algo más que pagar; y que desearía le acompañase el buey en esta su tercera excursión. Enseguida el buey, que tenía muchas ganas de pasear, dijo:

- Si no fuera por la fatiga, hoy mismo marcharíamos.

-Bien, muy bien -contestó el tigre-: mañana saldremos.'

Al día siguiente muy tempranito se pusieron en marcha, y al poco rato llegaron a un gran río.

- Mira -dijo el tigre al buey-; este río tú nunca lo habías visto: es el de que nos hablaba nuestro padre diciéndonos que nadie debía pasarlo ceñido con cuchillo, y que antes se debe tirar al agua: por lo tanto es preciso que arrojemos el nuestro cuanto antes. Yo lo echaré el primero; pero es preciso que cierres bien los ojos, ya oirás el ruido cuando caiga al agua.

Y en vez del cuchillo arrojó un palo.

- ¿Has oído el ruido? -preguntó al buey-

-Sí –contestó éste; y arrojó al momento su cuchillo al río.

Momentos después de haber pasado el río llegaron a un monte en donde no había más que castañas; bajo los cuales, y esparcidas por el suelo, había muchas castañas. Como los dos tenían mucha hambre se pararon a comer unas cuantas.

10 de noviembre de 1911

- ¿Cómo nos arreglaremos ahora para romperlas -preguntó el buey-, habiendo tirado al río los cuchillos?

- Espabílate -le contestó el tigre-. Cuando uno es tonto, así le sucede: habías de haber traído contigo dos cuchillos, uno en la mochila y otro en la vaina!

Entre tanto el tigre, sentado frente a un gran montón de castañas, iba rompiéndolas y comiéndoselas a placer; mientras el desdichado buey, muerto de hambre, se estaba mirando al sol. Momentos después prosiguieron el camino y andando, andando, se encontraron con un árbol de «atanga», especie de ciruelas, que estaba cargadísimo de ellas, y todas muy buenas.

- Como tienes tanta hambre –dijo el tigre al buey-, habremos de comer aquí y aprovechar la buena ocasión que se nos presenta. Habremos de subir os dos al árbol; pero antes debo advertirte que éste es el árbol del que nos habló nuestro padre, diciéndonos que jamás subiésemos a él por su propio tronco, sino por el árbol vecino que está lleno de espinas. Tú, como más joven, subes el primero; y yo subiré el segundo.

El tonto del buey hizo todo lo que supo y pudo para poder subir: la sangre le corría a chorros por todo su cuerpo a causa de las heridas que le abrían las espinas. Estaba ya a punto de desistir de su empeño; pero, apremiado por el hambre que le devoraba las entrañas, trabajó más y más hasta que llegó arriba.

- Bien, muy bien, eres un valiente -gritó el tigre-; así se hacen las cosas. Ahora subiré yo también. Cierra bien los ojos mientras subo, pues, no me gusta que me miren en esta clase de operaciones.

El buey obedeció; y mientras esperaba con los ojos cerrados, el tigre subió por el propio árbol de atanga, evitando los espinazos consiguientes del otro árbol. Llegado encima del árbol, dijo al buey:

- Yo no sé si te acordarás de lo que decía nuestro padre, pues todavía eras muy pequeñito. Decía, pues, que las frutas de este árbol se han de coger siempre verdes, dejando en el árbol las maduras.

10 de enero de 1912

Y sin esperar más, el pobre buey, a quien no dejaba vivir el hambre, comenzó a coger las verdes hasta llenar un gran saco; mientras el pícaro tigre, escondido entre el espeso ramaje, sólo cogía las mejores y más maduras.

Para bajar del árbol lo hicieron del mismo modo que al subir. Entre tanto la noche se les venía encima y el buey, que todavía estaba en ayunas, dio un mugido horroroso lamentándose que se moría de hambre.

- Ya me lo pensaba yo también así -dijo el tigre-. Comeremos ahora estos frutos; aunque será preciso encender fuego para cocinarlos.

- ¿Dónde -preguntó el buey- hallaremos ahora fuego para encender el nuestro?

- Tú te apuras demasiado -le dijo el tigre-, y sin motivo. Mira, allí cerca de la playa pasa gente con fuego; corre y diles que te den un poco por favor y habremos remediado nuestra necesidad.

Menudo chasco para el pobre buey; pues el fuego que buscaba corriendo sin descanso era el sol, sumamente rojo, que por entre los árboles se ocultaba en el horizonte para dar lugar a la noche.

Entre tanto el tigre toma un puntero y, rozando fuertemente sobre un leño seco, logró encender fuego, cocinó bien sus frutos y se puso a comerlos riéndose no poco del tonto del buey, que andaba a [la] caza del sol, aunque sin saberlo.

Luego que hubo comido, y viendo que tardaba demasiado el buey, comenzó a llamarle a voces. Al momento se presentó todo empapado en sudor y manando sangre todavía por las heridas que se hizo al subir al árbol de atanga.

- ¡No he podido alcanzar a los que llevaban el fuego! -dijo, dando un fuerte resoplido-. Se conoce que tienen mejores piernas que las mías.

- ¡Ya lo creo! -contestó el tigre-. Corrías en vano. Poco después [de] que saliste logré yo encender ese fuego que ves ahí. Te he llamado varias veces, pero como corrías tanto no me oías. ¡Qué lastima! Ahora ya es

tarde: dormiremos aquí mismo y así tú podrás cocinar con calma tus frutos.

25 de febrero de 1912

El buey decía para sí:

- ¿Por qué no habra cocinado él para los dos?

Pero no se atrevió a manifestarlo al mismo tigre y se puso a cocinar sin perder más el tiempo. Había gastado ya un gran montón de leña; pero como los frutos estaban tan verdes nunca acababan de cocinarse. Hasta que, fastidiado de tanto esperar, tuvo que irse a dormir sin poder comer.

Al día siguiente se pusieron de nuevo en camino; y antes de llegar al término de su jornada encontraron un árbol medicinal, acerca del cual dijo el tigre a su compañero:

- Fíjate bien en este árbol; si al llegar al pueblo me pongo enfermo volverás a él para coger de sus cortezas, pues en ocasiones tengo una enfermedad que me molesta mucho.

Al verlos llegar, todos los chiquillos del pueblo comenzaron a gritar:

- ¡Oh! el tigre viene, el tigre viene; y trae el buey según nos había prometido.

-¿Oyes -preguntó el tigre-, cómo gritan los c'hiquillos?... Se conoce que te quieren mucho. Mira cómo se alegran de tu llegada.

Enseguida todos los vecinos salieron de sus casas para recibirlos; y los padres de la prometida del tigre prepararon al instante un suntuoso convite. El tigre no veía con buenos ojos que el buey se sentase con él a la mesa; y, amostazado por verle tan contento al ver que iba a sacar la tripa de mal año, se echó a la cama diciendo que él no podía comer por el mucho dolor de cabeza que sentía. Al momento acudieron los parientes de la muchacha con medicinas para curarle, pero... todo en vano.

- Tengo otra medicina que me curará muy pronto -dijo-, y el buey la conoce muy bien. Que vaya pues inmediatamente a buscarla.

El buey, que tenía muy presente al árbol medicinal de que le había hablado en el camino, al momento echó a correr en busca de las cortezas. Entre tanto el tigre se levantó; y tardando como debía tardar el buey, dijo a todos:

- Parece que me encuentro bastante bien: los dolores se han calmado y creo que puedo comer.

Dicho y hecho, con la mayor frescura del mundo se sentó a la mesa y comió con tal voracidad de todos los manjares que no dejó nada para el buey. Llegado éste rendido por la fatiga y el estómago hecho una pasa, oyó que el tigre hablaba y reía dentro de la casa, y todo admirado exclamó:

- ¡Cómo puede ser eso! ¿Lo he dejado medio muerto y ahora [está] tan alegre y contento?...

- ¡Pobre compañero mío! -dijo el tigre-, ¡cuánto sufre por causa mía!... Inmediatamente después de haberte marchado, me acordé [de] que llevaba en la mochila otra medicina no menos eficaz, y con ella me he curado perfectamente. Ahora puedes ir a comer, y que te haga buen provecho.

Llegado el buey a la mesa no encontró bocado; y sin ningún respeto humano se fué a pedir comida a la futura suegra del tigre.

- Chico -dijo la mujer-, el tigre es muy goloso y se ha comido él solo la comida de todos.

Y al momento le preparó otra nueva comida.

Cerca de la media tarde, y mientras comía el buey, se fue el tigre a hablar con el padre de su futura mujer y le dijo:

- Ahí tenéis el buey que me pedísteis. Está a vuestra disposición. Preparad todo lo necesario y lo podéis matar cuando queráis.

Al momento le prepararon una casita especial, en cuyo piso o suelo cavaron un hoyo muy hondo colocando en el fondo muchas y muy puntiagudas lanzas de hierro. Sobre la boca del hoyo le prepararon la cama con hojas del bosque y cuerdas de ninguna consistencia, para que con mayor facilidad cayese en la trampa.

Entre tanto el buey terminó su comida; y bien cansado de tantos trabajos y fatigas del viaje se despidió del tigre y se fué a descansar, conducido por los chicos del pueblo hasta su propia casita.

Llegados a la puerta, y a la luz de una antorcha de resina, le señalaron la cama y le dejaron:

- Ahí tienes tu cama, preparada por todos nosotros con mucho cuidado. Que pases buena noche.

-Gracias, gracias -les contestó él-. Muchas gracias.

Y dejándose caer de golpe encima, precipitóse al hoyo; y traspasado por las lanzas, quedó muerto en el acto. Al volver los chicos que le acompañaron y pasando por frente a la casa del tigre, salió éste y les preguntó:

- ¿Qué tal? ¿Ha quedado bien mi compañero?

- Sí, cayó en el hoyo y ha muerto -le contestaron-.

- Está muy bien -replicó él-. Avisadlo pronto al jefe para que vayan a sacarlo.

Tan pronto como éste recibió el aviso convocó a todos los vecinos y fueron a sacarlo del hoyo.

Al día siguiente, seis robustos hombres dividieron en trozos el animal y se lo repartieron entre todos; mientras que el tigre, hablando con el padre de su prometida, le decía:

- Cómo ves, he traído el buey tan deseado de todos vosotros. Ahora debo volverme a mí pueblo, pues mis hermanos estarán tristes al ver que tardo tanto en volver.

- Está bien -le contestó el hombre-; pero como son tantos tus hermanos los animales no queremos [que] nos des dinero por mi hija, sino solamente carne; es decir, algún otro de tus hermanos.

Vuelto el tigre a su casa llamó al cerdo e hizo con él lo mismo que con el buey; haciendo otro tanto después con todos los demás menos con el elefante, quien, como dijimos, se fue a vivir separado del tigre y de los suyos.

El último de quien echó mano para acompañarle en sus correrías fue el grompi, especie de rata grande que era, como es de suponer, el último y más pequeño del pueblo.

El grompi, aunque pequeñito, tenía bastante talento; y por eso, antes de marcharse con el tigre se fue a hablar con el elefante y decirle que viniese con él a preguntar al tigre sobre el paradero de todos los otros animales que con él habían ido, pues ninguno había vuelto.

Llegados los dos a presencia del tigre, habló el elegante en esta forma:

- ¿Cómo andamos, amigo, y qué se ha hecho de los habitantes de este pueblo antes tan numeroso?

10 de marzo de 1912

- La pregunta que me haces, mi querido elefante, está muy en su lugar. El grompi te lo dirá todo cuando vuelva de la excursión que muy pronto vamos a emprender. Pero por de pronto te digo que ya no los veré más por aquí porque son verdaderamente unos tontos. Dicen ellos que el pueblo adonde me acompañaron lo encuentran mucho mejor que el nuestro: allí, dicen, comen bien, pasean, se divierten y comen a pata ancha. Creo que todos se establecerán por allí y no volverán más por aquí. Y tú mismo, mi caro elefante, si vas por allá no tendrás más ganas de volver, pues allí se encuentra de todo para vivir bien.

- Si así es como tú dices -contestó el elefante-, que vaya contigo el grompi y cuando vuelva me contará cuanto haya visto; pero me temo que...

Y se volvió a su casa.

Al día siguiente se pusieron en marcha los dos, el tigre y el grompi, y al llegar al consabido río habló el tigre al grompi lo mismo que a los demás, diciendo:

- Éste es el río del que nos decía nuestro padre que para pasarlo hay que tirar el cuchillo al agua.

- Sí: los primeros -contestó el grompi- tiraron el cuchillo al agua por tontos; pero yo jamás tiraré el mío: pues siendo el camino tan largo, ¿con qué me defendería en caso de ser acometido? Además, nadie puede andar sin cuchillo.

- Para hacer eso -repuso el tigre-, más vale que te vuelvas a casa. ¿Querrás tú ser diferente de los demás? ¿Acaso no eres tú el último y más pequeño de todos?...

- Vamos adelante -contestó el grompi-, y dejémonos de cuentos; pero eso de tirar el cuchillo... huele mal.

- Mira -replicó el tigre-, cierra bien los ojos y yo lo tiraré el primero.

[error de imprenta: se repite desde «*El último de quien echó mano para acompañarle en sus correrías...* »]

- El grompi sólo cerró un ojo en vez de los dos como habían hecho los otros: y vio que en vez del cuchillo tiraba un palo de bosque.

- Efectivamente -dijo el grompi-, he oído caer al agua el cuchillo. Ahora cierra también tus ojos, pues voy a arrojar el mío, ya lo oirás caer.

Y tiró, como el tigre, un trozo de madera.

Luego de pasado el río llegaron al castañar; y el tigre, siguiendo la costumbre de otras veces, dijo:

- Parémonos aquí a comer castañas.

- ¿Cómo -preguntó el grompi- las romperemos, si no tenemos cuchillo?...

- Espabílate como los demás -le respondió el tigre-. Antes has dicho que nadie podía caminar sin cuchillo; pues ahora te digo yo que en vez de uno solo, puede cada uno llevar dos cuchillos.

Y dicho esto, se puso a romper castañas.

El grompi hizo lo mismo; y sentándose frente a otro gran montón de castañas sacó su cuchillo y, rompiéndolas, se las comía a satisfacción.

Al oír el tigre que el grompi también comía castañas, dijo en sus adentros:

- Se ve que el pícaro ese no habrá tirado el cuchillo al río, sino alguna otra cosa...

Entre tanto el grompi, ya con la boca llena de castañas, se vuelve de cara al tigre y le dice:

- Si los demás fueron tontos, yo no lo seré jamás.

Y mientras comía iba llenando la mochila para el camino.

Una vez hubieron descansado y comido bien prosiguieron el viaje hasta llegar al árbol de atangas o ciruelas.

- Mira, mira, golosín, qué cargado de frutas está este árbol. Bueno será que aprovechemos la ocasión -dijo el tigre-, y subamos arriba para hacer acopio de ellas. Pero antes debes saber que éste es el árbol del que nos hablaba nuestro difunto padre. Escucha bien lo que nos decía, pues tú todavía eras entonces muy joven: «Os está prohibido, decía, subir a este árbol por su propio tronco; cuando queráis coger atangas habéis de subir por el árbol lleno de espinas que está más cerca y por el cual todos hemos subido siempre».

- Pues yo te digo -exclamó el grompi-, y lo mismo diría a mi padre y a mi abuela también, que por ese espinoso tronco no puede subir nadie sin acribillarse el cuerpo. Además, tampoco necesito por ahora coger esos frutos; y si es verdad lo que dices, anda y sube tú el primero, que ya te seguiré yo después.

- Está muy bien -dijo el tigre-, tapa[te] los ojos y al momento subo.

El grompi sólo cerró un ojo y vio que subía por el mismo atanganero, dejando el espinoso a un lado.

Al ver esta picardía dijo para sus adentros:

- Me parece que en el pueblo ese adonde vamos habrán muerto todos mis hermanos y ahora quiere hacer otro tanto conmigo; pero en fin... ¡ya veremos!

Y levantando la voz gritó al tigre que arriba le esperaba:

- Anda, anda, que te cojo: cierra los ojos que subo al momento. Subió por el mismo camino del tigre. Éste, algo enojado, le dijo:

- Tu proceder es indigno: te he visto muy bien por dónde has subido, no haciendo caso del dicho de nuestro padre; pero ahora guárdate bien de coger las frutas maduras y tan sólo cogerás las verdes, como nuestros antepasados.

Mientras esto decía iba cogiendo el pícaro tigre las bien maduras, pensando que el grompi no le veía; pero éste, que jamás dormía, escondido entre el espeso ramaje cogía también las maduras, dejando las verdes para mejores tiempos.

Tan pronto como el tigre se hubo bien provisto, hizo a su compañero señal para bajar; y bajando los dos por donde habían subido se pusieron nuevamente en marcha. Andando, andando, llegaron al sitio en donde el tigre solía pasar la noche con los demás.

- Ahora -dijo el tigre-, hemos de cocinar, pues ya es tarde: como tú eres joven y

10 de abril de 1912

tienes buenas piernas todavía, corre todo lo que puedas y di a aquellos que llevan tanto fuego que te den un poco para encender el nuestro.

Y le señalaba el sol hecho una ascua, que se escondía en el horizonte.

- ¿Cómo -exclamó el grompi-, es posible que me mandes esas cosas? ¿Cómo es que al sol llamas fuego?... Yo siempre le oí llamar sol y nada más.

Y sacando de la mochila su pedernal hizo fuego al momento y se puso a cocinar.

Cocinados los frutos se pusieron a comer; pero viendo el tigre que los frutos de su compañero estaban también maduros, todo encolerizado exclamó:

- ¡Eres un desgraciado !... ¿Cómo te atreviste a coger frutos maduros dejando los verdes?... Sabe y entiende que tu mal comportamiento nos va a perder en este viaje.

- ¡Quiá! Tú no me la pegas -replicó el grompi-. Veo que los tuyos también están maduros. Además, nunca he visto ni oído decir que los frutos de atanganero se coman verdes. Si algo malo nos sucede, ¿qué haremos ?... Todos hemos de morir algún día.

Una vez hubieron comido bien, los dos se echaron a dormir en el hueco de un árbol hasta el día siguiente, en que emprendieron de nuevo la marcha.

Poco antes de llegar al pueblo se encontraron con el árbol de la medicina para las enfermedades del tigre; y éste, enseñándoselo al grompi, le dijo:

- Mira bien ese árbol: con sus cortezas me alivio mucho de unas enfermedades que me aquejan: es, pues, fácil que en llegando al pueblo hayas de volver a buscarme las tales cortezas, como lo hizo también el buey.

- Pero... ¿para qué volver después? -dijo el grompi para sí.

Y al momento, sin advertirlo el tigre, cortó una infinidad y las puso en su mochila, y poco después llegaron al pueblo, término de su viaje.

En seguida el tigre, llamando aparte a su futuro suegro, le dijo que había llegado con el grompi, animal que tanto apetecía su suegra; la cual, tan pronto como supo la llegada de los dos huéspedes preparó un convite mucho mas espléndido que en otras ocasiones.

A la hora de comer el tigre se echó a la cama, como de costumbre, fingiendo dolores atroces de vientre.

- ¡Grompi, hermanito mío, hermanito mío! ¡Grompi! ¡¡¡Ay, que me muero!!! Corre a buscar las cortezas de aquel árbol que tú conoces.

- Aquí las tengo -gritó el grompi-: las he cogido al pasar para poderte socorrer con prontitud en tus dolores, pues ya sabes que no soy tonto.

Al momento las puso a hervir en una olla de agua; y pidiendo una cáscara de coco dio a beber al tigre aquel tan eficaz calmante.

El fingido enfermo, chasqueado por centésima vez, dijo:

- Quítate de ahí, no quiero nada: vamos a comer y dejémonos de medicinas, que ya me ha pasado lo principal del acceso.

Y se sentaron los dos a la mesa con mucha paz y mejor apetito.

Terminada la comida se fue el tigre a arreglar los asuntos del casamiento con el padre de la muchacha; y el grompi, que [se] había quedado solo, salió a las afueras del pueblo; y encontrándose con un leproso que allí estaba abandonado, le pidió que por favor le enseñara un lugar retirado donde poder satisfacer sus necesidades naturales.

Al momento fue servido, diciéndole al mismo tiempo el leproso:

- ¡Vaya una cola tan hermosa que llevas! ¡Cuidado, no la ensucies!...

Y dejóle solo.

Vuelto el grompi y no sabiendo a dónde iban las frases del leproso, le pidió con instancia que se las explicase.

- Si tú quieres -contestó el leproso-, que las explique, dame un poco de lo que ayer trajiste; pues te lo vi muy bien.

- ¿Qué verías tú? ¡Desgraciado!

- Si no me equivoco eran castañas de bosque -dijo el leproso-.

- Tienes mucha razón -contestó el grompi-.

Y sacando unas cuantas de la mochila se las entregó.

- Te he hablado aquello de la cola -prosiguió el leproso-, porque a mí me tocaba siempre comer las colas de todos los animales que trajo el tigre de tu pueblo. Te aseguro que a nadie he dicho, como a ti, lo sucedido aquí con todos los que antes que tú acompañaron al tigre hasta hoy. Todos, sin dejar uno, murieron aquí vendidos traidoramente por el mismo tigre a su futuro suegro, con quien él está ahora hablando sobre la manera como te han de matar a ti también; pues la madre de la muchacha que han de entregar al tigre pidió con mucha instancia tu delicada carne. Te advierto que esta noche pongas gran cuidado después de cenar, porque te llevarán a dormir al lugar de la trampa en donde perecieron todos tus hermanos menos la cabra, que fue degollada en medio de la plaza. Te hablo así porque te quiero mucho y deseo hacerte bien. An-

25 de abril de 1912

tes [de] que te echas a dormir debes tantear bien la cama con tu bastón, y fácilmente echarás de ver la trampa que te han armado.

- ¡Basta! ¡basta ya!.. -contestó el grompi-, y muchas gracias. Ya me lo pensé cuando me decía que todos los demás vivían aquí tan bonitamente, comiendo, bebiendo, bailando y qué me sé yo cuántas otras cosas. Desde ayer, siempre que le pregunté por ellos me respondía: «Déjame en paz y no me molestes más», lo que hacía sospechar muy mal.

En agradecimiento el grompi ofreció de nuevo castañas a tan insigne bienhechor.

Por la tarde, y poco antes de cenar, dijeron al tigre los padres de la muchacha que ya había pagado bastante; y que por lo tanto, al día siguiente le entregarían [a] la chica.

- ¡Ya lo creo que he pagado bastante! -contestó el tigre-; y como decía muy bien mi futura suegra, con el grompi te he traído la última víctima.

Tan pronto como llegó el grompi se pusieron a cenar, lo que verificaron con muy buen apetito, paz y armonía entre todos.

Momentos después de cenar, pidió el grompi para ir a descansar.

- Está muy bien -contestó el tigre-. Ahora mismo llamaremos [a] un chico [para] que te enseñe la habitación para dormir. Adiós, amiguito, hasta mañana.

Pero al ver el tigre que el grompi cogía su bastón, le preguntó:

- ¿Qué vas hacer con el bastón por la noche?

- Eso a ti no te importa -replicó el grompi-. Es mío y puedo llevarlo adonde yo quiera.

Y precedido de un muchacho que le alumbraba, se dirigió a su habitación. Llegados a la puerta, le dijo el muchacho:

- Ahí tienes la cama; puedes echarte cuando quieras.

El grompi, sin moverse de la puerta, tiró su bastón encima de la cama, que se hundió inmediatamente dejando descubierto un hoyo inmenso lleno de lazos.

Al momento retrocedió; y fue a dar parte al tigre, diciéndole:

- Me han llevado a una casa en donde hay hecho un hoyo muy grande, quizás para los malhechores; y por eso no he querido yo dormir allí, por

miedo de caerme abajo. Además, yo no comprendo por qué he de ir a dormir a otra parte, teniendo aquí dos camas tan buenas.

- Está muy bien -dijo el tigre-; pero como hoy me han de entregar [a] la mujer, no podremos dormir los tres en solas dos camas.

- No te apures por eso -dijo el grompi-; yo dormiré junto al fuego, sobre una corteza cualquiera. Ya sabes que no soy tan delicado.

- Puedes hacer lo que quieras -repuso el tigre-, pero mañana lo verás.

Al momento llegó el padre de la muchacha y, entregándola al tigre, le dijo:

- Ahí tienes a mi hija. Espero que la tratarás bien, como a tu propia mujer que es desde hoy.

Y se quedaron en casa los tres: el tigre, la mujer y el grompi.

Viendo aquél que no había logrado su intento de matar al grompi, le mandó que se echara a dormir cuanto antes, porque al día siguiente habían de madrugar mucho para volver otra vez a su pueblo.

- Ahora mismo -dijo el grompi-, me voy a echar a mi corteza; pero quizás os molestaré mucho por la noche, porque tengo la costumbre de roncar muy fuerte. Cuando ronco así tan fuerte es señal de que estoy despierto y hago ese ruido por miedo, para que nadie se me acerque; pero cuando no ronco y estoy silencioso es cuando duermo como un tronco.

Pasado un breve rato todos se quedaron en silencio. El tigre, pensando ser verdad lo que el grompi le había dicho, se levantó; y tomando un cuchillo se fue hacia el grompi para degollarle.

Éste, que tenía el ojo muy abierto, tan pronto como vio brillar cerca de sí el acerado cuchillo lanzó un gran chillido que hizo caer el cuchillo de las manos del tigre, el cual le preguntó diciendo:

- ¿Qué te pasa? ¿Por qué gritas de ese modo?

- Nada, nada -contestó el grompi-; estaba soñando que me cortabas la cabeza con un cuchillo.

- ¡Vamos! -dijo el tigre-. Siempre has de soñar tú cosas descabelladas. ¿Por qué te he de matar?...

Y todos volvieron a quedar en silencio, cada cual en su cama.

El grompi, que ya no podía soportar por más tiempo el comportamiento del tigre, quiso vengarse de él. Al efecto, tan pronto como le oyó roncar

se levantó y muy calladito se acercó a la cama en donde dormía la mujer, la despojó de sus brazaletes, y tomándola con sumo cuidado la trasladó a la corteza en donde él dormía, y él se echó a dormir en la cama que el tigre había señalado a la mujer.

Sería como la media noche cuando el tigre despertó; y empeñado en quitar la vida al grompi se levantó por segunda vez, tomó una lanza de hierro, y poniéndola al fuego la dejó hasta que se puso candente. Entonces la toma hecha ascua, y acercándose a la corteza en donde él creía dormía el grompi, la introdujo diestramente por la boca de su mujer, diciendo al mismo tiempo:

- ¡Ya eres mío, infeliz! ¡Ya no escaparás más!

- ¿Qué es lo que has hecho, desventurado? –gritó el grompi-. ¿Y qué es lo que estás diciendo?... ¿Por ventura he cometido algún crimen, viniendo a acompañarte?... Sabe, pues, que en vez de matarme a mi has quitado la vida a la mujer que ayer te entregaron.

- ¿Cómo es eso -exclamó el tigre-, que mi mujer ha pasado a tu cama y tú a la suya?... ¡Estamos perdidos para siempre!... ¿Qué haremos ahora?...

27 de mayo de 1912

- Saquemos fuera el cadáver y enterrémoslo ocultamente -contestó el grompi-.

- ¡Ca!... Eso no puede ser -dijo el tigre-. Mejor será que nos la comamos. Ve pronto detrás de la casa, donde hay un racimo de plátanos, córtalo y lo traes al momento mientras parto la carne en trozos.

- Y ¿qué dirá la gente -repuso el grompi-, cuando oigan caer al suelo el racimo de plátanos?...

- Cállate, tonto -le dijo el tigre-, no vales para nada: ya lo cortaré yo solo.

Y tan pronto como hubo dividido la carne en trozos se fue en busca de los plátanos; pero fue tan grande el ruido que hicieron al caer en tierra que acudieron todos los vecinos preguntando qué era aquello...

- Nada, nada -les contestó el tigre-, soy yo que estoy cortando canutillos de estas hojas para fumar.

Y cada cual se volvió a su casa, quedando todo en silencio.

Tan pronto como el tigre hubo también entrado en su casa, tomó una grande olla y llenándola de plátanos y trozos de carne se puso a cocinar. Cocinada ya la tal vianda extendieron en el suelo hojas de plátanos, sobre las cuales, a manera de platos, extendieron todo el guisado, cuidando muy bien después de la comida de quemar todos los huesos, y volvieron a dormir.

El primero en salir de casa al día siguiente fue el grompi, a quien todos los vecinos se apresuraron a preguntar por el tigre.

- Todavía esta durmiendo -les contestaba a todos-. No tardará en levantarse.

Pero viendo todos que nunca salía y el día iba adelantando, volvieron a preguntar por él; y al momento salió lamentándose de haber pasado una noche muy mala y con muchas pesadillas.

Inquieta en gran manera la madre de la muchacha al ver que su hija tampoco salía a pesar de ser muy madrugadora, envió a su hijo para que observase qué hacía dentro de casa ella sola. El tigre se opuso a ello diciendo:

- No hay por qué apurarse tanto, mujer. Saldrá pronto, pues duerme todavía.

No se aquietó con esto la mujer y volvió a enviar nuevamente a su hijo diciéndole:

- Ve, hijo mío, despierta a tu hermana y dile que ya no es tiempo de dormir sino de trabajar. Todos han ido ya a sus tareas.

El chico obedeció, y... ¡cual fue su sorpresa al no ver dentro de la casa más que un montón de huesos calcinados!... A la vista de tan horripilante espectáculo dio un grito de dolor y se fue corriendo a contarlo a sus padres.

Pero el tigre salióle al encuentro en el camino y reprendiéndole fuertemente le dijo:

- ¡Cómo!... ¿Qué es lo que dices? De seguro que no la has visto ni llamado, pues verdaderamente yo la dejé durmiendo.

Dichas estas palabras se entró él mismo dentro de la casa; y llamando también al grompi le dijo:

- Ahora, chico, es tiempo de espabilarnos más que nunca: coge todo lo que es nuestro y escapemos al momento.

¡Vano intento! Antes [de] que lograsen escapar se reunieron todos los del pueblo y rodearon la casa.

- ¡Han muerto a mi hija! -gritaba la madre-

- ¡Han de morir ahí dentro los dos! -repetía furioso el padre-

- ¡No escaparán, no! -repetían todos en confusa gritería.

- Esto no va bien -dijo tembloroso el grompi-. Vamos a perecer sin remedio.

- Ya no nos queda mas remedio -le contestó el tigre- que escondernos aquí dentro y salvarnos como podamos.

- Yo me meto en este rincón -dijo el grompi-

- Deja el rincón para mi -le contestó el tigre-

- Ahí lo tienes. Me iré, pues, debajo de la cama.

- ¡Ay de mí! -replicó el tigre-. Quizás yo estaría mejor debajo de la cama.

Mientras así discutían los dos sobre el lugar donde esconderse, afuera repetían todos sin descanso y llenos de furor:

- ¡Han de morir, han de morir!...

- Pero, ¿quién entrará dentro de la casa? -preguntó el padre de la difunta-. Cualquiera que se atreva, por más valiente que él sea será degollado al momento por el tigre.

- Lo mejor será -contestaron todos- quemar la casa y que mueran dentro abrasados.

25 de junio de 1912

Oído esto último por el grompi, comenzó a escarbar en el suelo; y haciendo una galería subterránea se salió, dejando solo al tigre dentro de la casa.

Momentos después aquella casa era pasto de las llamas; y en medio de dolores atroces murió el tigre, abrasado por aquel voraz incendio.

Al ver convertida en cenizas la casa, creían aquellas gentes que los dos habían perecido. Mas el grompi, escondido fuera de la casa y a la debida distancia, escuchaba cuanto decían; y al oírles decir: «Han muerto a todos

sus compañeros y hasta se atrevieron a matar y quemar [a] nuestra pobre hija», se escapó como un rayo a dar parte al elefante de todo lo ocurrido.

Luego que el elefante oyó el relato del grompi, exclamó:

- ¡Son terribles y espantosos los castigos que Dios manda a los hijos ingratos que no cumplen el testamento de sus padres!

II.2. AVENTURAS DE CINCO HERMANOS

(cuento pongüe)

25 de junio de 1912

ADVERTENCIA.- La tribu pongüe es una de las más fuertes y numerosas del Gabón, Los pongües están ya muy adelantados en la civilización gracias a los misioneros franceses del Espíritu Santo. De sus colegiales han salido jóvenes muy instruidos en letras, artes y oficios que honran mucho a sus infatigables maestros. Todos sus cuentos y fábulas son por demás interesantes como verán mis lectores en el que sigue a continuación.

Njambé tuvo cinco hijos de tres mujeres, todos muy vivos, alegres y divertidos. Tan pronto llegaron a los seis años los llamó su padre para imponer a cada uno el nombre que más le agradase, dejándolo a la libre elección de ellos mismos.

- Vamos hijos míos, les decía, venid todos acá. ¿Qué nombre queréis que os imponga?

- Yo -contestó el mayor- me llamaré Ombena (cazador) porque sabe Vd., padre, que cuando nací traje conmigo a este mundo una bala.

- Yo -añadió el segundo- me llamaré Ofué (ladrón).

- Pues yo -contestó el tercero- quiero llamarme Okengekenge (carpintero).

Los dos más pequeños no quisieron elegirlo por sí mismos; sino que dejaron en libertad a su padre para que les diera el nombre más de su agrado. En consecuencia, al uno llamó Kombe, sol, y al otro Oganga, que quiere decir adivino.

Terminada la imposición de los nombres se volvieron todos a sus juegos infantiles, de donde habían venido al ser llamados por su padre.

Pasados dos años murieron dos de las mujeres de Njambé; quedando una sola, que hizo los oficios de buena madre con los cinco hermanos.

Llegado Njambé a una edad bastante avanzada volvió a llamar de nuevo a sus cinco hijo, y les habló de esta suerte:

- ¿En que pensáis, hijos míos? Tú, Ombena, ¿cómo es que desde que te llamas cazador no has matado ni un triste pájaro? ¿No ves que muy pronto voy a morir? Y tú, dijo al segundo, ¿para qué te llamas Ofué? ¿Has pensado siquiera una vez lo que significa tu hermoso nombre?... Y Okengekenge, que tanto alardea de su nombre, ¿cuándo me hará una casa buena de piso como las de los extranjeros?... Y tú también, Kombe, ¿cómo no vas a trabajar para ganar algo? ¿Para qué te di yo el nombre de Kombe?... Has de imitar al sol, que nunca para; de lo contrario, te quitaré nombre tan lúcido y hermoso. Y por fin, tu, Oganga, sabes muy bien que llevo en cama más de un año sin poderme mover, ¿cómo es que no adivinas la causa de esta mi enfermedad? Mirad, hijos, que no estoy satisfecho de vuestro comportamiento. Estáis siempre jugando como niños, y ya no sois niños. ¿De dónde sacaréis para comprar mujer (casaros) si no trabajáis?... Sabéis muy bien que yo soy muy pobre; y no ignoráis que vuestras madres no tuvieron hijas, con cuya venta hubiera yo podido facilitaros la compra de mujeres.

-Mil gracias, padre, por el aviso-contestaron todos-. Antes de que Vd. muera le haremos ver que no en vano llevamos nuestros nombres y que sabemos muy bien desempeñar nuestro oficio.

Y se marcharon.

Pasados dos años, todos volvieron otra vez a la presencia de su padre, y le hablaron así:

-Ya ve Vd., padre, que no somos unos niños, sino hombres ya formados; por lo mismo, pues, es ya hora de pensar en casarnos.

-¿Con qué, contestó Njambé queréis comprar mujeres si todavía no tenéis nada? En vez de trabajar como os he dicho tantas veces, andáis siempre paseando por pueblos y playas hechos unos holgazanes. Sí: podéis hacer lo que queráis; pero no esperéis socorros de vuestro padre, porque no tengo nada absolutamente.

- Ya lo sabemos, contesté Ombena, pero hemos oído que tenéis un hermano lejos de aquí, pero muy rico y jefe de un gran pueblo. Si Vd. nos indica el camino le haremos una visita.

- Eso es verdad, repuso el padre. Quizás nunca os hablé de mi hermano, a pesar de lo mucho que le quiero. Es tan bueno y dadivoso que no dejará de ayudaros cuanto pueda para la compra de mujeres que intentáis. Id pues, hijos míos, a visitarle; pero como el camino es tan largo llevad todo lo necesario para el viaje.

Luego, poniéndolos él mismo en camino, les explicó cuantos senderos y vericuetos debían atravesar para llegar al término de la jornada.

Un día entero llevaban de camino sin encontrar un alma ni pueblo donde poder descansar; por lo que, llegada la noche, resolvieron dormir en el bosque. Así fueron caminando tres días, mas sin ver a nadie por los caminos. Por fin quiso Dios que al cuarto día por la tarde oyesen el canto de un gallo, indicio seguro de que estaban cerca del poblado.

- Creo, dijo Oganga, pronto veremos a nuestro tío. Ese gallo revela algún pueblo, y será sin duda el que buscamos.

- A ver si nos engañaremos, repuso Kombe

- De todos modos, dijo Ombena, sea el que fuere hemos de entrar: yo también me inclino a pensar que es el de nuestro tío.

Con esta confianza llegaron al tal poblado sufriendo todos un verdadero desencanto al ver que era otro pueblo muy diferente y muy distante todavía del que ellos buscaban.

No hay por qué decir que fueron muy bien recibidos por el jefe, el cual, después de enterarse de quiénes eran y el motivo de su viaje, les dijo que todavía les faltaba que andar dos días enteros para llegar al pueblo de su tío. Mientras permanecieron en compañía de dicho jefe, los trató como a sus propios hijos, diciéndoles muchas veces que su padre y él eran de muy antiguo amigos íntimos.

- Podéis descansar tranquilos en mi pueblo, les decía; y cuando queráis marchar, además de la comida necesaria para el viaje os dejaré uno de mis hijos para guía; pues de lo contrario vosotros solos no sabríais el camino

10 de julio de 1912

y os perderíais sin remedio en medio del bosque.

Muy agradecidos, nuestros cinco jóvenes se fueron a descansar, resolviendo permanecer entre gente tan cariñosa por espacio de dos días, ya que estaban cansadísimos.

Pasados los dos días y al tiempo de partir, se presentaron delante del jefe a darle las gracias por sus muchas atenciones y más que todo, por haberles dado por guía uno de sus hijos; y se despidieron de él.

Puestos ya en camino y bastante alejados del pueblo, les dijo el guía:

- No sé si tendréis la dicha de ver a vuestro tío; pues desde que le robaron la hija está inconsolable y no recibe a nadie. Sus mismos amigos que van para consolarle le dan todavía más pena. Él es muy viejo, pero esta desgracia le ha hecho todavía envejecer mucho más. Casi nunca sale de casa y para hacerle comer algo hay que rogarle mucho y repetidas veces.

Algún temor infundieron estas palabras en todos ellos; pero no tanto que perdiesen la esperanza de ver y hablar con su tío. Así fueron andando todo un día contando cada uno lo que se le ocurría hasta el anochecer; en que, cansados a más no poder, resolvieron pasar la noche en el bosque. Al día siguiente, muy temprano, se pusieron de nuevo en marcha no parando hasta el mediodía, en que se sentaron a la orilla del camino para comer. Serían como las tres de la tarde cuando se encontraron con unos chicos que venían precisamente del pueblo a donde ellos iban. Al ver tanto forastero aquellos chicos ya no quisieron proseguir más adelante; si no que llevados de curiosidad se volvieron con ellos al pueblo de donde habían salido.

Al anochecer llegaron al pueblo: verdaderamente grande, hermoso y pobladísimo de gente; pero sumido todo él en la más lúgubre melancolía. Apenas hablaba ninguno, el silencio más estupendo reinaba en todas partes, no percibiéndose ni siquiera el canto de un gallo. Todo lo cual obedecía a las órdenes severísimas del jefe, el cual, en su dolor y soledad, había prohibido a todos el menor asomo de regocijo, y hasta hablar dentro de la población sin causa bien justificada.

Llegados nuestros viajeros a la primera casa del pueblo, llamada *M'banja*, fueron recibidos por uno de los principales del pueblo, que podríamos llamar subjefe, el cual con muy escaso número de palabras y en voz baja les preguntó cuál era el objeto de su visita.

- Venimos -le contestaron- a visitar al jefe, hermano de nuestro padre y a quien todavía no conocemos.

- No sé -les replicó- si tendréis la suerte de verle. Hace más de dos años que no recibe a nadie, ni a sus grandes amigos. Es tan grande la tristeza de su corazón que todos tememos por su vida. Sin embargo, yo le pasaré

aviso por medio de una de sus mujeres, diciéndole que han llegado unos de su familia con grandes deseos de verle.

Momentos después envió el recado, volviendo al instante la mujer diciendo que no podía recibir a nadie hasta el día siguiente.

- Dígale -añadió el mayor de todos- que nuestro padre se llama Njambé, y nosotros sus hijos nos llamamos Ombena, Ofué, Okengekenge, Kombe y Oganga, únicos hijos que al presente tiene.

25 de julio de 1912

Por segunda vez se presentó la mujer delante del jefe, mientras el subjefe daba órdenes para que se les sirviese a todos una buena comida; y a cada uno señaló cama en donde con toda comodidad pudiese pasar la noche y descansar de las fatigas del viaje.

Al día siguiente a primera hora preguntó Ombena al subjefe a qué hora podrían ver a su tío.

- Calma, jóvenes, calma: os llamará él cuando le parezca, y Dios quiera no tengáis que marchar sin verle, como tantos otros.

Mientras así hablaba el subjefe llegó la mujer del día anterior diciéndoles que podían pasar a ver a su tío cuando gustasen, pues estaba dispuesto a recibirlos.

Al momento levantáronse todos y siguiendo a la tal mujer fueron conducidos a las habitaciones del jefe. Introducidos en uno de los principales departamentos no tardó en presentarse su tío: hombre venerable, llena su cabeza de respetables canas, vestido de un saco y todo su cuerpo cubierto de ceniza en señal de tristeza y dolor. Luego de saludarles les preguntó quiénes eran, de dónde venían, quién era su padre y cuál el objeto de la visita. Ombena se levantó y tomando la palabra en nombre de todos dijo:

- Todos somos hijos de un mismo padre, vuestro hermano Njambé. Muchas veces nos habló de Vd. y de lo mucho que se querían los dos. Él es viejo y nos ha enviado a visitaros, ya para que nos conociese Vd., pues nacimos después de vuestra separación; ya también para pedirle, toda vez que es tan rico, nos ayude de algún modo a comprar mujer, pues nuestro padre vive en la miseria y no tuvimos la suerte de tener hermanas con cuya venta hubiéramos logrado comprar mujeres para nosotros.

Altamente emocionado con el relato de Ombena, se levantó el viejo; y abrazándolos a todos uno por uno, exclamó:

- ¡Ay! sí... sí! Ahora me acuerdo de mi pobre hermano. Con que... ¿tiene unos hijos tan buenos mozos y tan guapos?... Decidme hijos míos, decidme muchas cosas de vuestro buen padre: ¿está bueno? ¿cómo no viene par aquí a yerme?... y vuestras madres, ¿están buenas también?

-Nuestro padre -contestó Ombena- está bueno; pero nuestras madres murieron.

-Bien, bien -replicó el anciano jefe-. Podéis retiraros a vuestra habitación hasta mañana, en que volveremos a hablar. Sí no fuerais vosotros hijos míos, jamás hubiera salido de mi retiro ni hubiera soltado una palabra; pues una desgracia inmensa pasa sobre mi corazón que apenas me deja vivir; desgracia que nunca podré olvidar y sobre todo, que ella me llevará al sepulcro. En fin, hijos, mañana volveremos a hablar tendidamente sobre mi gran dolor.

Vueltos los cinco jóvenes a la casa en donde habían sido recibidos a su llegada, al momento el subjefe les preguntó sobre el resultado de su visita, añadiendo luego:

- Veo que realmente sois sus sobrinos y muy queridos: jamás hubiera creído se hubiera dejado ver, pues ni a sus mayores amigos quiso recibir nunca. Podéis estar seguros de que os concederá todo cuanto le pidáis.

Al día siguiente por la mañana fueron recibidos nuevamente por su tío, quien les habló de este modo:

- Mirad, hace ya dos años que me robaron mi única hija llamada Arrondo; y desde entonces ha sido tan grande mi dolor que no he querido hablar con nadie; y apenas tomo el sustento necesario para la vida. Antes de prometeros nada sobre la petición que ayer me hicisteis, deseo me digáis algo sobre el paradero de mi hija, pues he sabido que entre vosotros hay uno que es adivino. Dígame pronto dónde está y quiénes se la llevaron; pues desde que desapareció he enviado mensajeros a todas partes y nadie ha podido encontrarla ni decirme algo sobre su paradero.

Al momento y sin salir de la presencia de su tío, Oganga, que era el adivino, sacó de su mochila un fetiche y delante de todos, pronunciando ciertas palabras misteriosas e ininteligibles a los demás, le consultó sobre el paradero de la muchacha; y luego, volviéndose a su tío, le dijo:

- Vuestra hija está viva y muy buena: un bárbaro la tiene muy bien guardada en su casa: todos cuantos fueron a buscarla trabajaron en vano,

y sólo con mi medicina (fétiche) he podido descubrir su paradero. Para llegar al pueblo donde Arrondo está se necesita caminar un mes entero por tierra; pero también se puede hacer el viaje por mar con más prontitud y menos peligro. El que la robó es un bárbaro feroz y terrible llamado Reñanaga (que significa antropófago), habiendo tenido una verdadera suerte vuestra hija en no haber sido degollada y comida hasta hoy: pues todos los que Reñanaga roba son comidos por él con sus enormes perros. Al contrario, trata a vuestra hija con un amor singular, como si fuera su propia hija, colmándola de toda clase de bienes y favores. Es casi imposible poder sacarla de allí; y los que enviasteis a buscarla jamás hubieran logrado ni siquiera llegar a donde está. El bárbaro Reñanaga tiene un poder inmenso sobre todas las fieras del bosque y sobre todos los elementos de la naturaleza.

Luego que Oganga hubo terminado de hablar, se levantó de nuevo el anciano jefe y les dijo:

- Está muy bien: así como Osanga ha podido adivinar el paradero de mi pobre hija, deseo que hagáis todo lo posible para rescatarla y traérmela sana y buena a mi presencia.

Llenos de valor, los cinco hermanos dijeron a su tío que se calmase un poco; porque ellos harían todo lo posible para devolverle la hija venciendo todos los obstáculos y exponiendo para ello hasta sus propias vidas.

Al momento tomaron todas sus cosas y se volvieron al pueblo de su padre, que ya comenzaba a estar de cuidado por la tardanza de sus hijos. Éstos, sin decirle nada de cuanto su tío les había dicho, cogieron sus hachas y machetes y se fueron al bosque a cortar unos árboles que Okengekenge les señaló y marcó.

10 de septiembre de 1912

Al día siguiente, y bajo las órdenes del mismo Okengekenge (carpintero), instalaron una sierra en el bosque, junto a las tosas que habían cortado. Tal fue la prisa que se dieron en trabajar que a los pocos días tenían ya aserradas una infinidad de tablas que ellos mismos llevaron a la playa. Allí Okengekenge, ayudado de sus hermanos, se puso a fabricar un bote. De cuando en cuando iba su padre a visitarlos y les preguntaba repetidas veces qué hacían y para qué era aquello que construían.

- Os lo diremos después; déjenos ahora acabar que ya lo sabréis más tarde -le contestaron-.

Tal era el afán con el que trabajaban que a los pocos días [habían] acabado un hermoso bote de ocho brazas (medida del país) de largo por casi dos de ancho, que al momento armaron de todos los aparejos necesarios para la navegación. Terminado todo y bien pintado llamaron a su padre y le dijeron:

- Esto, por lo que tanto preguntabais, es un bote en el cual nos vamos a embarcar para ir pronto en busca de la única hija de nuestro tío, que le fue robada hace dos años. No sabemos cuánto tiempo emplearemos en el viaje, pues todo depende de la providencia. Lo que ahora necesitamos son muchas y buenas provisiones de yuca y envueltos.

El pobre Njambé, no sabiendo qué decirles, se quedó como mudo; pues, corno nunca había visto botes ni viajar por el mar, no entendía lo que le decían sus hijos.

De todos modos, como no eran pequeños, les concedió su permiso y les proveyó de abundantes provisiones para tan largo viaje.

Antes de embarcarse consultaron a Oganga el rumbo que debían tomar para no perderse y encontrar pronto el pueblo. Oganga acudió, como siempre, a su fetiche, y les dijo que la dirección debía ser hacia el Sur; y se embarcaron todos alegres en extremo, tanto más cuanto que la brisa les era favorable. Al momento izaron velas y, siguiendo el rumbo indicado por Oganga, no tardaron en ocultarse a las miradas de su querido padre, que había quedado en la playa con el corazón partido de pena y la vista siempre fija en ellos. Empujados por la buena brisa navegaron tres días sin parar y a toda vela.

A los cuatro días volvieron a consultar a Oganga cuánto les faltaba todavía para llegar; a lo que les contestó, una vez consultado su ídolo, que siguiendo con tan buena brisa en dos días más llegarían al término de su jornada. Llenos de valor y sin intimidarse por nada prosiguieron su navegación entonando mil y mil cánticos, hasta que al sexto día divisaron un gran cabo que se introducía muy adentro de la mar.

- ¿Veis aquel cabo? -preguntó Oganga-. Pues allí está el pueblo de Reñanaga; y la misma punta se llama también *Cabo Reñanaga*.

Llenos de gozo tan feliz anuncio tomaron los remos; y a vela y remo en un momento se presentaron en una hermosa playa que había junto al cabo Reñanaga.

- Aquí -dijo Ombena- fondaremos el bote, quedándose uno de nosotros para cuidarlo, y los demás iremos todos por tierra hasta el pueblo.

- De ninguna manera -contestó Oganga-: sería una verdadera temeridad ir tantos juntos y dejar aquí el bote al cuidado de uno solo. Ahí está Ofué, intrépido y valiente como él solo, dispuesto a hacer una de las suyas; pues no en vano recibió el nombre de Ofué, que significa ladrón.

-Sí, quedaos todos aquí -dijo Ofué, saltando él solo a tierra-; no os mováis del bote. Veréis si es verdad cuanto dije a mi padre de que haría valer mi nombre y oficio en tiempo no lejano.

Y se puso en marcha él solo con intento de cruzar el cabo y entrar intrépido en el mismo pueblo de Reñanaga.

No tardó en divisar sobre una colina un pueblo bonito, rodeado todo él de una cerca de palos, construida por el mismo Reñanaga para ornato y defensa al mismo tiempo de todas sus cosas. Sobre todas las casas sobresalía una de piso muy grande y hermosa; pues además de superar a todas en grandiosidad tenía enfrente una espaciosa plaza que llegaba hasta la puerta del cercado que daba la vuelta a la población.

- En esa casa -dijo para sí Ofué-, estará mi prima Arrondo.

Y dando la vuelta entró hasta llegar frente a la misma.

Puesto Ofué en medio de la plaza se preguntaba a sí mismo:

- ¿Cómo es que en un pueblo tan grande como este no hay una persona?... ¡Aquí no se ve [a] nadie!...

Y revolviendo entre sí estos pensamientos se fue acercando poco a poco hasta llegar a ponerse debajo de una de las ventanas. Precisamente entonces asomóse Arrondo a la ventana para mirar si venía Reñanaga, pues hacía dos días había salido y no volvía. Luego, mirando al suelo, vio debajo de la ventana a Ofué, con cuya presencia quedó asustadísima, pues no le conocía ni había visto hombre alguno hacía mas de dos años fuera de su bárbaro poseedor.

Volviendo en sí, tuvo serenidad para preguntarle quién era, de dónde venía y qué buscaba en aquel lugar.

Ofué, mirándola fijamente, le respondió:

- No puedo, niña, contestar a tus preguntas estando tú ahí en la ventana y yo aquí abajo.

- ¡Ay, desgraciado y más que desgraciado! -dijo la niña-. Sabe que nadie entró aquí jamás. ¡Ay de tí si te encuentra mi padre!... -así llamaba a Reñanaga.

- Pues por eso mismo te ruego que me abras pronto la puerta y me dejes entrar en casa -dijo Ofué-, pues te traigo noticias muy buenas de tu tierra.

- ¿Qué noticias son esas y de donde vienes, infeliz?...

- Por favor, ábreme pronto la puerta que ya lo sabrás todo y te alegrarás sobremanera.

Al fin bajó la niña, le abrió la puerta e introdujole en casa, diciendo:

25 de octubre de 1912

- Jamás hubiera pensado que había de llegar el caso de poder hablar con uno de mis paisanos.

Ofué se sentó, mientras Arrondo salió de nuevo a mirar a la ventana si venía Reñanaga; y vuelta a él, le dijo:

- Bienvenido seas. Dime pronto quién eres y las noticias que traes; y procura marcharte al momento, pues si Reñanaga te encuentra aquí conmigo te matará en el acto. Hasta hoy nadie entró jamás vivo en este pueblo; pues a todos cuantos Reñanaga encuentra por los caminos y pueblos los mata cual si fueran piezas de caza; y muertos los trae al pueblo para comerlos.

Tan pronto ella hubo acabado de hablar comenzó Ofué a hablarle de su padre, contándole muy al vivo lo mucho que por su causa había sufrido desde que fue arrebatada de su casa, manifestándole cómo en diversas ocasiones había enviado gente para buscarla sin ningún resultado satisfactorio.

- Ahora es necesario -dijo Ofué- que me sigas inmediatamente.

La niña, al oír nombrar a su amante padre y lo mucho que por ella habla sufrido, no pudo contener las lágrimas; y dejándose caer sobre un toco asiento comenzó a llorar amargamente.

- Vamos, vamos -la decía Ofué-, no perdamos tiempo en llorar: si tienes algo que llevar cógelo y salgamos pronto, pues mis hermanos esperan en la playa al otro lado del cabo.

Olvidada Arrondo por un momento de todos los beneficios que había recibido de Reñanaga, recogía todas aquellas cositas que más le gustaban,

y formando con ellas un gran fardo cargó con él sobre sus espaldas y marcharon. Al llegar a la puerta del cercado se paró súbitamente; y hablando con Ofué le dijo:

- Me olvidé de una cosa muy principal: hay aquí dos enormes perros encargados de cuidarme: sería bueno darles una buena comida para entretenerlos; de lo contrario no me dejarán marchar y se echarán sobre ti tan pronto pasemos esta puerta. Espérame pues aquí unos momentos.

10 de noviembre de 1912

Dejando su fardo volvióse a casa y, llamando a los dos perros que estaban jugando a la otra parte, les dio la comida que tenía preparada para tres días, y entre tanto pudo ella escaparse sin apercibirse ellos; y acompañada de Ofué marcharon por el mismo camino por donde éste habla venido. Caminando así los dos, comenzaron a trabar platicas.

- ¿ Qué gente vive con Reñanaga en esas casas tan grandes? -le preguntaba Ofué.

- Calla, calla ahora -le contestó Arrondo, poniéndole la mano en la boca; pues temo más a los perros que al mismo Reñanaga: ya te lo diré después.

Con paso cada vez más acelerado fueron caminando hasta llegar a la playa en donde Ofué había dejado el bote con sus hermanos.

Tan pronto como fueron vistos por los del bote saltó a tierra Okengekenge al encuentro de la niña; y tomándola en sus brazos la colocó en el bote.

Bien acomodados cada cual en su puesto, comenzaron a bogar con tales bríos que en un momento se alejaron de tierra miles de brazas.

Entre tanto Los perros acabaron su comida y sólo esperaban que su cariñosa dueña les abriese la puerta; pero viendo que nadie les abría, la rompieron y se lanzaron a la plaza en busca de Arrondo, olfateando por todas partes sin ningún resultado. Llegaron hasta la puerta del cercado, en donde echaron de ver las pisadas de Arrondo, que siguieron sin descanso; y al ver junto a las huellas de la muchacha las de otra persona, no cesaban de ladrar llenos de furor, hasta que por fin llegaron a la playa en donde Arrondo se había embarcado.

Todavía pudieron divisar a lo lejos el bote; y llenos de valor y rabia se lanzaron al mar en pos de su dueña; pero con tan mala suerte que un

enorme cocodrilo los arrebató, siendo devorados entre sus espantables fauces. Los tales cocodrilos habían sido puestos por Reñanaga para guardar las playas; el cual había ordenado también a todos los animales de mar y tierra y a los mismos elementos que le guardasen bien [a] su querida Arrondo, quitando la vida a cualquiera que intentara robársela de casa en su ausencia.

Mientras estos acontecimientos se iban realizando, tuvo Reñanaga algún presentimiento de que algo anormal pasaba en su casa; y sin detenerse más en sus correrías voló a su pueblo para ver si eran ciertos sus presentimientos. Lo primero que hizo en llegando fue llamar a sus perros; pero... todo en vano: ¡habían desaparecido!... Pasó inmediatamente a las habitaciones de Arrondo y, hallando todas las puertas abiertas, a nadie encontró.

Lleno de cólera por tamaños contratiempos entró en su propia habitación; y ciñéndose de todas sus armas y fetiches salió a la calle hecho un verdadero tigre por la rabia y furor de su corazón. No sabía a dónde dirigirse hasta que, reconociendo las pisadas de sus valientes perros, las siguió hasta la playa, pensando así dar con sus enemigos; pero tan sólo encontró en las riveras del mar las patas destrozadas de uno de sus perros.

A vista de tan triste espectáculo, y divisando a lo lejos el bote donde iba Arrondo, exclamó lleno de furor:

- ¡Yo os cogeré y todos moriréis entre mis manos!

Luego, vuelto de cara al bosque, se indignó contra todos los animales, a quienes recriminó de esta suerte:

- Sois todos unos cobardes y miserables. ¿Por ventura no os encomendé yo la defensa de mi pueblo? ¿No os dije una y mil veces que quitarais la vida a cualquiera que caminara en dirección a mi casa? Han robado [a] mi mujer por vuestra culpa, por vuestra timidez y cobardía. Lejos, muy lejos todos de mi presencia, y que jamás os vuelva yo a ver.

En éstas invocó el poder del demonio; y agitando en el aire uno de sus fetiches, logró que se desencadenara una horrorosa tempestad. El día se oscureció, un viento huracanado tronchaba los árboles del bosque cual si fueran frágiles cañas, el mar se alborotó y el mundo entero parecía se iba a desquiciar. En medio de tan gran desorden de cosas, exclamó Reñanaga:

- Ahora es la mía, pronto el turbulento mar lo arrojará a tierra y yo me los comeré vivos.

Y se fue a descansar.

25 de noviembre de 1912

Entre tanto los del bote, llenos de temor a vista del huracán, acudieron a Oganga pidiéndole consultara a su ídolo sobre lo que debían hacer para llegar sanos y salvos a su pueblo.

- No temáis -les contestó Oganga-; esta tempestad la ha mandado el bárbaro Reñanaga para que forzados por ella vayamos a tierra, en donde él nos espera para comernos a todos. Al oír esto, Kombe se levantó; y lleno de valor, les dijo:

- Hasta el presente todos os habéis portado como verdaderos valientes; cada cual ha hecho valer su oficio a maravilla. Nada temáis, fuera miedos y cobardías: ha llegado mi tiempo; yo me pondré al timón y todos, como fornidos y valientes, lucharemos con bravura con el huracán y encrespadas olas que amenazan sumergirnos en los abismos.

Dicho y hecho: Kombe tomó el timón; y los demás, todos a brazo partido, remaban a cuál más y mejor.

En éstas la noche se les echó encima, noche terribilísima y tan llena de oscuridad que no les dejaba verse entre sí ni la ruta que seguían; los truenos retumbaban estrepitosos y los rayos caían en todas direcciones; las embravecidas olas, semeando gigantescas montañas, aparecían tan terribles que a cada golpe de remo les parecía iban a sucumbir para siempre. Tan grande era el peligro, que les fue preciso anclar la embarcación y aguardar así hasta que la tempestad cediese algo y las tinieblas se disipasen.

Al amanecer del día siguiente divisaron todos un gran Cabo que se internaba mucho en el mar. Al verlo la niña Arrondo exclamó llena de terror:

- ¡Estamos perdidos! ¡ahí esta el cabo y pueblo de Reñanaga!

Efectivamente arrastrados por la corriente estaban ya muy cerca de la playa de donde habían salido.

- ¡A remar todos! -dijo Kombe a vista del peligro-. Pero a remar con valor para alejarnos pronto del cabo; porque si la corriente sigue arrastrándonos iríamos a los arrecifes, y sin remedio, caeríamos en manos de Reñanaga. Tú, Ombena, ten siempre a punto la escopeta, porque la necesitarás muy pronto.

No bien hubo terminado de hablar Kombe, cuando todos vieron a Reñanaga que llegaba a la playa para esperarlos y no dejar memoria de ellos sobre la tierra. Los ojos chispeantes, temblorosos de ira los labios, el cabello erizado y todo su cuerpo agitándose como [un] energúmeno, le daban el aspecto de un verdadero monstruo. Defendido con fuerte escudo de pieles, llevaba en una mano doce lanzas y en la otra muchedumbre de flechas envenenadas con su correspondiente arco; sendos cuchillos ceñía a la cintura y muchedumbre de fetiches le defendían por todas partes, con lo que él se creía mas poderoso que nunca y del todo invulnerable.

Viendo, sin embargo, que el bote, lejos de ir a tierra como él esperaba, cada vez se alejaba más y más, sacó uno de sus fetiches y lleno de cólera lo arrojó al mar.

Al momento, los del bote divisaron un punto negro en el horizonte; el cual, creciendo más y más, vino a convertirse en negro nubarrón que cubría todos los espacios desde el cielo hasta el mar.

- Es otro tropiezo -dijo Oganga- que nos envía Reñanaga.

Y al momento un ciclón se les vino encima; y cuando sólo distaban de él algunas brazas, Oganga levanta la voz y hablando con Ombena le dice:

- Toma pronto la escopeta y prepárate.

Éste, al instante cambió el remo por el fusil y se puso a las órdenes de Oganga.

10 de diciembre de 1912

No bien el viento comenzó a soplar por la proa del bote cuando de nuevo se dejó oír la vez de Oganga que daba órdenes a Ombena:

- Apunta al nubarrón -le decía-, y mucho ojo.

Ombena obedeció; y a la señal de su hermano disparó estrepitosa descarga, logrando con ella deshacer el ciclón como por encanto.

En cambio una lluvia torrencial vino sobre ellos, tan grande como jamás la habían visto en su vida. Las gotas se convirtieron en piedras, obligando a todos a esconderse debajo las bancadas del bote; menos al piloto, que permanecía impertérrito junto al timón; y para colmo de desgracia, la corriente era tan grande que a toda velocidad los arrastraba de nuevo hacia las playas de Reñanaga.

Pero la gran destreza del piloto dejó nuevamente chasqueado al bárbaro perseguidor, que ya los esperaba inquieto con aires de triunfador.

En vista de esto, y ya que la tempestad cesó por completo, Reñanaga arrojó de nuevo al mar un nuevo fetiche, con lo que logró hacer salir de los abismos una gran multitud de hipopótamos, que al instante rodearon el bote de nuestros cinco aventureros.

- Ombena, ¡fuego a ellos! -gritó Kombe- y no hay que desmayar por nada ni por nadie.

Fue tan recia la batalla que Ombena trabó con aquellos enormes animales, que no pudiendo ya más consigo mismo dejó caer en tierra la escopeta y quedó desfallecido de cansancio.

- Qué es esto? -preguntaron todos a Oganga-

- ¿De dónde han salido esos animales que así resisten las balas de Ombena?... ¿Pereceremos hoy todos aquí ?

- Son nuevos obstáculos que nos pone Reñanaga. Pero no temáis, venceremos.

Y al punto introdujo Oganga en el mar uno de sus ídolos, lo volvió a sacar, y enseñándolo a los hipopótamos hizo que huyesen todos despavoridos.

- Todavía no hemos acabado -añadió Oganga-. Nos aguardan pruebas mucho mayores, pero no perdáis el ánimo.

25 de diciembre de 1912

Efectivamente: a los pocos instantes se presentaron delante del bote unas ballenas que, acercándose más y más hacia ellos, faltó muy poco para dar con ellos en el abismo. Oganga, que nunca dejaba el ídolo de sus manos, lo mostró también a las ballenas, poniéndolas a todas en precipitada fuga y dejando por lo tanto el camino del todo desembarazado.

Aprovechando la calma del mar hicieron esfuerzos de valor con los remos hasta que lograron separarse algunas brazas del fatídico Cabo Reñanaga; y así hubieron de luchar como titanes durante tres días enteros contra todos los elementos.

Sería cuestión de nunca acabar si hubiésemos de referir uno por uno todos los obstáculos que hubieron de vencer hasta el quinto día.

Desesperado Reñanaga de ver que no había conseguido lo que él tanto deseaba, resolvió perseguirlos por sí mismo; y al efecto convertido en una águila de proporciones colosales, comenzó a remontarse por los aires en dirección a alta mar con intento de dejarse caer como un rayo sobre el bote en que iba Arrondo.

Nada de esto se ocultaba a Oganga, el cual dijo a sus hermanos, animándoles a la lucha:

- Hoy tendremos la última lucha. Si vencemos ya no habrá más que desear y llegaremos tranquilos y victoriosos al término de nuestro viaje; pero es preciso que Ombena se prepare de nuevo a luchar con valor.

Y levantando el brazo señaló en el aire a todos un punto negro que casi tocaba en el cielo, y les dijo:

- Mirad bien todos y vivid preparados: por allá arriba viene nuestro perseguidor, el terrible Reñanaga, que a todo trance quiere acabar con nosotros.

Todos miraron a lo alto, como Oganga les decía, y no tardaron en divisar lejos, muy lejos, como un puntito negro que conforme iba bajando hacia ellos aparecía cada vez más grande y dejaba escapar fuertes y agudos silbidos. Bajaba con la velocidad del rayo, por lo que no tardaron en comprender que se trataba de un águila de las más grandes. Estaba ya muy cerca del bote, cuando de repente se remontó de nuevo a las alturas para dejarse caer sobre ellos como una bala de cañón.

Tan pronto como Ombena la vio bajar disparó un tiro, haciéndola retroceder al momento.

[Por] tercera vez probó de lanzarse al bote, le metió Ombena una bala en el cuerpo, y... ¡como si nada!

- ¿Qué haces. Ombena? –gritó el mayor de los hermanos-. ¿Por qué no tiras con tu hermana?

Era ésta la bala que Ombena trajo a este mundo el día de su nacimiento.

- Tienes razón -contestó Ombena-, ya no me acordaba de la hermana.

Y dicho esto, sacó la bala de la mochila; y cargando con ella el arma, se preparó para la lucha.

Entre tanto Reñanaga, furioso cada vez más, remontó de nuevo el vuelo hasta lo más alto de los aires, desde donde por última vez se dejó caer como flecha disparada; pero Ombena supo muy bien atajarle los pasos, atravesándole con la famosa bala de parte a parte, logrando de este modo

que cayera muerto dentro del bote con grande contento y alegría de todos. Era un águila fenomenal, sus alas caían en la mar por ambos costados de la embarcación y media todo su cuerpo como cinco brazos.

Antes de expirar, el terrible animal lanzó una mirada terrible a su querida Arrondo y le dijo:

- ¿Así me has pagado todos los favores que te hice?... Te traté como a mi propia hija; y en pago de todo... ¡ me das la muerte!... Sin embargo esto no importa: tú serás mi heredera y, después de mi muerte, te pido que vuelvas a mi pueblo a recoger todos mis bienes.

Y expiró.

Con la muerte de tan cruel perseguidor cesaron todos los obstáculos, el mar se calmó y sobrevino la más apacible calma. Oganga cortó las alas del águila; y juntas con lo demás del cuerpo, lo colocó todo dentro del bote diciendo a todos:

- Ahí veis en qué ha venido a parar el bárbaro Reñanaga, terror de todos los pueblos por sus incontables fechorías de todo género. Ya no nos molestará más. Y puesto que la noche se nos viene encima, acerquémonos a tierra para descansar hasta mañana.

Al día siguiente por la mañanita izaron velas; y favorecidos por la brisa tomaron rumbo hacia el pueblo de su afligido tío, prosiguiendo el viaje con toda felicidad.

Entre tanto el pobre Njambé, inquieto y casi desesperado por la ausencia tan prolongada de sus cinco hijos, se fue al pueblo de su hermano para enterarse de si sabía algo acerca de ellos.

Allí juntos los dos ancianitos hablaban de sus infortunios, llorando uno la pérdida de su hija y el otro la desaparición casi cierta de sus cinco hijos.

10 de enero de 1913

Acertó por este tiempo a pasar por allí un tal Eserenguila, que era como el noticiero del país; pero era tan amigo de exagerar las cosas que decía, que ya nadie absolutamente daba crédito a sus palabras.

[el párrafo anterior se publicó al final del episodio; y de todas formas parece que falta otro párrafo introductorio a la escena que sigue]

Al verlo en aquella forma, todos los vecinos del pueblo se alborotaron, gritando todos:

- ¡Al loco, al loco, al loco! ¡Es un pícaro de cuatro suelas!

Fueron tales los gritos del vecindario que los dos viejos, no pudiendo tolerarlos por más tiempo, mandaron prender a Eserenguila y amenazaron con lo mismo a cualquiera otro que se atreviera a molestarlos en su tristeza y grande desconsuelo.

Todo el pueblo se arrojó sobre Eserenguila para castigarle, pero él daba voces pidiendo a todos que le perdonasen. Mientras le amarraban de pies y manos con fuertes lianas, no cesaba de gritar:

- ¡Favor! ¡favor! ¡favor! ¡Dejadme, dejadme un solo momento!, pues quiero comunicar al jefe muy buenas noticias. Pero antes dadme algo de beber, que me muero de sed.

Mientras bebía, se le acercaron los dos ancianos para escuchar las nuevas que traía, y luego prosiguió diciendo:

- Sería bueno que antes de castigarme bajaran algunos a la playa para observar, pues estando yo en el bosque oí tiros a lo lejos en el mar, y a la vez cánticos de alegría. Creo han de ser los hijos de Njambé, ya que únicamente ellos y nuestro anciano jefe tienen escopetas por estas cercanías. Deseoso en gran manera de sacar de ese estado de pena y de tristeza a los dos ancianos jefes y a todo el vecindario, he venido a comunicarles tan gratas nuevas.

- Mira, muchacho, nos has engañado muchas veces -dijeron los dos ancianos-; y con todas tus palabrerías te estás burlando mucho de nosotros. Por lo tanto pues, desde este momento quedas sentenciado a ser degollado a presencia de todos, que están ya cansadísimos de tantos embustes y engaños.

- ¡Calma! ¡calma! -dijo a los ancianos uno de los principales del pueblo-; pues aunque Eserenguila miente mucho, lo que hoy ha dicho no deja de tener sus visos de verdad. Que vaya alguno a la playa y si realmente nos ha engañado, que sea degollado.

- ¡Miente, miente! -gritaron todos-. Es un embustero que nunca escarmientará. Hay que darle unos cuantos latigazos bien dados para que escarmiente.

Y cogiéndole entre todos lo llevaron a las afueras del pueblo para dárselos a gusto.

- ¡Perdón, perdón! -gritaba sin cesar el pobre Eserenguila-. Que vaya corriendo alguno a la playa, que el bote debe de estar cerca.

Compadecidos de Eserenguila, dos muchachos se fueron a la playa sin ser mandados; y mientras el pueblo entero se entretenía en martirizar al desventurado Eserenguila, regresaron diciendo a todos que en verdad habían visto a lo lejos un bote con vela que a toda prisa se dirigía hacia la playa.

Al oír esto dejaron a Eserenguila tirado por el suelo pasando las de Caín, y se fueron todos a la playa.

25 de enero de 1913

Al momento Ombena tiró una descarga al aire; y todos llenos de alegría volvieron al pueblo a comunicar la noticia a los dos ancianos. Éstos dieron orden de soltar inmediatamente a Eserenguila; y juntos todos se encaminaron a la playa.

Todo el pueblo en masa con su jefe al frente aguardaban impacientes a los cinco aventureros que, favorecidos por el viento, venían a toda vela.

Tan pronto como los del bote divisaron [a] la gente que esperaba en la playa se llenaron de entusiasmo, y Ombena sin pérdida de tiempo comenzó a saludar a todos con repetidas descargas al aire que eran contestadas por los de tierra con cánticos entusiastas que el anciano jefe entonaba, contestándole con brío todo el pueblo, en esta forma:

- 1) Weno ga jévo wé,
 anome na mie gākanda;
 mie ya yonwi
 mia tongona.
 «Dyonwa ni shaya
 Oma ga jayé».
- 2) Mia dyèna onwaniamí
 we gendí gelombo
 go nka ya Reñanaga!
 «Dyouwa ni shaya
 Oma ga jayé».
- 3) Mie ya lombini
 njougon wo
 mia founina suanjo
 yenani igèna na wie!

«Dyouwa ni shaya
Oma ga jayé».

- 1) Alegrémonos hoy todos,
hombres y mujeres;
pues muerto
ha resucitado.
Pueblo: «Morir o sufrir,
más vale sufrir».
- 2) He visto otra vez
a mi querida hija
en mala hora robada
por el fiero Reñanaga.
Pueblo: «Morir o sufrir,
más vale sufrir».
- 3) Envejecí antes de tiempo,
y hoy me veo de nuevo
como en mi juventud.
Regocijémonos todos.
Pueblo: «Morir o sufrir,
más vale sufrir».

Luego de terminado el cántico, ordenó el jefe que al punto trajeran todas las escopetas y pólvora de su casa para saludar a los valientes e intrépidos aventureros. Al arriar las velas del bote por llegar ya a tierra, el pueblo atronó los aires con nutridas descargas de fusil, a las que contestaban del mismo modo los cinco aventureros.

- ¿Dónde está la hija de nuestro jefe? -gritaban todos desde tierra.

Y la niña, que hasta entonces venía sentada en el fondo del bote, se levantó y puesta en pie saludó desde la embarcación a todos los de su pueblo.

El entusiasmo de aquellas gentes al ver a su querida Arrondo salió de madre, y ebrios de gozo gritaban sin cesar:

-También, también está la hija de nuestro jefe.

Ése, así como oyó que venía su hija, mandó repetir las descargas de fusil; y entre gritos de júbilo, danzas y atronadoras salvas, el bote llegó a tierra.

25 de febrero de 1913

CONCLUSIÓN

Todos, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, niños y niñas, se arrojaron al agua para sacar a sus hombros [a] la hija de su jefe. Éste, que momentos antes apenas podía dar un paso, se puso a cantar y bailar como lo hiciera en lo mejores días de su juventud, y hasta quena cargar a cuestras con su hija; pero siéndole esto imposible por lo mucho que su hija había crecido, fue conducida al pueblo en medio de aquel gentío inmenso que nunca se cansaba de mirarla y de vitorearla, ya que con ella les venía la alegría y contento de que por tanto tiempo se habían visto privados. Todos los paños del pueblo y sendas piezas de tela que poseía el jefe se extendieron por el suelo, tapizando así todo el trayecto que la comitiva debía recorrer desde la playa hasta el pueblo.

Llegados al pueblo y sentados todos los principales junto a la niña, mandóle el jefe que les contara todo cuanto le había pasado desde su salida del pueblo.

Y mientras Arrondo, con una gracia encantadora, hacía el relato a su padre y demás parientes, fuera de la casa se organizó un gran balele que duró toda la noche.

Al día siguiente, hablando el jefe con sus cinco sobrinos, les dijo:

- A vosotros, que con mi hija me habéis traído la vida, no es tiempo ahora de hablaros; pues, como veis, estamos de fiesta que ha de durar toda la luna: deseo convidar a todos mis amigos y conocidos, para que todos sean también participantes de mi grande dicha.

Los amigos del anciano jefe, al oír desde sus pueblos las repetidas descargas de fusil, pensaron que su amigo habría muerto, víctima de los grandes disgustos que desde la desaparición de su hija venía padeciendo; y para mejor enterarse enviaron algunos de sus criados a preguntar si en verdad el tal jefe había muerto.

Pero antes que éstos llegaran a medio camino se encontraron con los enviados del jefe a quien creían muerto, los cuales iban a llamar a todos sus amigos y conocidos para que asistieran al gran convite que con motivo de la vuelta de Arrondo se estaba celebrando. Tan pronto como la noticia se divulgó, todos lo pueblos de la comarca en masa se encaminaron al lugar de la gran fiesta, llevando todos consigo muchos y muy variados regalos para la hija del jefe, a quien por tanto tiempo habrían llorado por muerta.

El pobre Eserenguila, a quien todavía escocían los latigazos del día anterior, aprovechando la buena ocasión se abrió paso como pudo por entre la gente y presentándose delante del jefe, le dijo:

-Señor, ¿todavía queréis matarme? ¿Era verdad o mentira lo que yo decía?

- Tienes mucha razón -gritaron todos-, pero deja eso para otro día y no vengas hoy a interrumpir la fiesta: todo se arreglara bien.

Un mes entero duraron las fiestas, las danzas y comilonas; pasado el cual, cada uno volvió a su pueblo después de haberse despedido del afortunado anciano y de su querida Arrondo.

Acabada por completo tan gran fiesta, el venerable anciano llamó a sus cinco sobrinos y les habló en los siguientes términos:

- Hijos míos, ahora veo la necesidad de tener buenos hijos como vosotros. Desde que me robaron la hija llamé a todos mis amigos y conocidos, prometiéndoles muchedumbre de riquezas y hasta la mano de mi hija si me daban noticia de su paradero; y nadie me lo supo dar. Iba yo a morir y vosotros me habéis devuelto la vida. Por tan señalado favor, hijos míos muy queridos, yo os daré cuanto necesitéis para comprar mujeres (para casaros), lo mismo que a Eserenguila, y además os entregaré una parte de todos mis bienes. Y para recuerdo de esta fecha memorable, ordeno y mando que en todos los pueblos de mi tribu se haga siempre una gran fiesta el primer día de cada luna.